

BIBLIOGRAFIA

Programa de Historia de América. Período Indígena, por PEDRO ARMILLAS. México, Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1962. 178 p., 2 mapas, 2 láminas.

Por iniciativa de la primera Reunión de Consulta de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia que preside actualmente el distinguido historiador mexicano Silvio Zavala sale a luz el Programa de Historia de América. Comenzado en 1947, aspira a realizar una obra accesible al público en general y que sirva a la vez de material de enseñanza y de instrumento más amplio de información histórica. En 1950 se concretó ya la idea de formar el guión de una historia general de América. Con dicho fin se busca atraer a los investigadores de los distintos países y según palabras de Zavala en el prefacio de la presente obra "...a producir los primeros cruces de las fronteras bibliográficas de las respectivas áreas". Por ello, la puesta en práctica del proyecto revisió desde el principio carácter internacional, no sólo por el aporte de especialistas de diverso origen, sino por el objeto mismo de estudio.

El libro que comentamos es fruto de la labor coordinada de un núcleo de prestigiosos historiadores, cuyos encuentros se verificaron a partir de 1954. Ellos consideraron la significación de la historia indígena con su variedad de tipos culturales, los vínculos con otros continentes y la influencia de los factores geográficos en el desarrollo autónomo de las culturas anteriores al descubrimiento.

Tres etapas se observan en la América precolombina: 1. preagrícola; 2. protoagrícola; 3. génesis y desarrollo de civilizaciones en Perú y México. Vienen después los períodos colonial y nacional. De cada etapa se presenta una serie de temas; se formulan comentarios acerca de los mismos, se plantean las cuestiones palpitantes y se informa acerca de su estado actual. Se completa el análisis con una bibliografía crítica particular.

Imposible sería referirnos en el corto espacio de una reseña al cúmulo de puntos tratados y a las numerosas sugerencias para el estudio de nuevos problemas que muestra el denso volumen. Escrito con el máximo rigor metódico es una guía inestimable tanto para catedráticos y escolares, como para cuantos se interesan por indagar los arcanos de la América india.

Beatris Bosch

Vialidad Imperial de los Incas, por LEÓN STRUBE ERDMANN,
S. V. D., Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas
de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Univer-
sidad Nacional de Córdoba, 1963. 113 p., 7 planos.

Con el auxilio de documentos, de crónicas y del análisis de restos arqueológicos, el autor se propone trazar sobre el mapa el recorrido de los magníficos caminos imperiales de los Incas. Muchos obstáculos se le presentaron en la ingente tarea: "...ediciones cronísticas de escasa crítica documental, la paleografía incipiente de los siglos XVI y XVII, la deficiente cartografía protohistórica, la lingüística totalmente descuidada", etcétera...

Después de mencionar a los diversos investigadores que han contribuido al dilucidamiento del tema, el autor pasa revista al aspecto fitogeográfico del Tahuantinsuyo y asienta que los caminos del Inca se adaptaron a las regiones que atravesaron. Los describe desde el capítulo tercero comenzando por el extremo septentrional: Colombia, Ecuador y Norte de Perú. Detalla luego las vías del Perú austral, las del altiplano andino, el desierto de Atacama y el N. O. argentino hasta el centro de Chile. Líneas principales, ramales secundarios, albergues y puentes se ubican con la posible precisión cartográfica. Por último se refiere al sistema de correos: chasques y estafetas; corredores reales y refugios. Siete minuciosos planos testimonian gráficamente los resultados de la investigación cumplida.

En apéndice se detalla el camino del Inca en territorio argentino y se comentan conclusiones del libro *Los Caminos del Sol*, de Victor W. von Hagen, presentando además un registro toponímico omitido por este autor alemán.

Beatriz Bosch

El desarrollo social de América Latina en la postguerra. Buenos Aires, Solar - Hachette [1963]. 188 p.

La secretaría de la Comisión Económica para la América Latina de las Naciones Unidas (C. E. F. A. L.) presentó un extenso informe al décimo período de sesiones realizado en Mar del Plata en el mes de marzo de 1963. Dicho trabajo se publica ahora en volumen por la Biblioteca "Dimensión Americana", perteneciente a las ediciones Solar y Hachette que dirige Gregorio Weinberg.

Nos encontramos ante un estudio a fondo de la realidad americana de los últimos tiempos. De él se desprende en primer término la existencia de un desarrollo económico, lamentablemente insatisfactorio por diversos motivos. Explicar tal situación es un incitante problema abordado ya por los economistas. Los autores del informe referido añaden la respectiva aclaración sociológica al analizar el enfrentamiento de los medios urbanos y rurales.

El grado de urbanización alcanzado por América latina es muy superior al de otras regiones atrasadas del mundo. Mas no ha habido una marcha paralela en el medio rural. Se observa una tendencia hacia una agricultura y una ganadería extensivas y una escasa sensibilidad a los estímulos del mercado en ambos géneros de vida. Los sectores medios de las ciudades aumentan en importancia y peso, si bien la industria no es todavía un factor determinante de ese mayor acrecentamiento.

Un fenómeno muy general es la presencia de un sector masivo de la población urbana en condiciones marginales desde los puntos de vista económico, social y político. Aludimos a las barriadas, villas miserias, favelas, etc. A la vez, las clases medias se caracterizan por la nivelación económica y cultural. Interesan sus disposiciones y actitudes psicológicas. Así, p. e., "...una clase media numerosa, pero invadida por cierto afán de seguridad, puede pesar menos en el desarrollo económico que otra clase media más pequeña y portadora sin embargo de los impulsos que han tenido hasta ahora como típicos de la misma" (p. 97). Con todo, la clase media es "...el grupo más apto para llevar a cabo una efectiva transformación económica y social" (p. 107), aunque en algunas partes se manifieste sin auténtica y propia fisonomía.

En las nuevas circunstancias corresponde a la clase media concebir un programa, o sea, planificar procedimientos y formas de reglamentación de una política económica racional. Para ello es necesario vigorizar y renovar la educación en las sociedades actuales. En cuanto al movimiento obrero se lo ha de ver como "...un elemento constitucional de la empresa y como un factor fundamental de la planeación económica" (p. 154). Las ideologías se deben traducir en programas de aquella índole.

En un balance final se expresa que hacia 1960 la mayoría de los grupos dirigentes latinoamericanos parecían aceptar el desarrollo económico y social, "...como único camino capaz de conducir a las poblaciones respectivas a la solución de sus urgentes problemas" (p. 159). El nacionalismo, al asentar la preeminencia del Estado, el populismo con su fe en la capacidad del pueblo, el tradicionalismo urbano moderno y una retórica revolucionaria son otros tantos ingredientes ideológicos de un período de confusión.

Abundante en cotejos estadísticos a través de dieciocho cuadros el informe de la C. E. P. A. L. tiende, empero, a generalizar sin detenerse en casos concretos, ni en países determinados. En suma, formula una serie numerosa e interesante de cuestiones, que serán, sin duda, punto de partida de estudios posteriores.

Beatriz Bosch

Historiografía del Brasil. Siglo XVII, por JOSÉ HONORIO RODRÍGUES. Traducción del portugués por A. Alatorre. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1963. 261 p.

Dentro del plan previsto por la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia aparece este volumen correspondiente a la historiografía brasileña. Su autor es el representante nacional

de la misma en Brasil y sin disputa, uno de los más prestigiosos investigadores del país vecino. De la singularidad de la obra cumplida es índice la circunstancia de considerarse por primera vez en el mundo de habla portuguesa esta materia de manera independiente. En efecto: hasta ahora se veía a la historia como una rama de la literatura examinándose la únicamente con criterio estético. Por tal motivo sólo trascendían algunos nombres muy seleccionados.

Afirma el doctor Rodrigues que la obra histórica debe juzgarse por su valor intrínseco. Sólo tres precursores reconoce en su disciplina: Capistrano de Abreu (1878 y 1882), Alcides Bezerra y Sergio Buarque de Holanda (1951). Por ello su tentativa significa un esfuerzo de casi veinte años de indagaciones y de lecturas ininterrumpidas, fácilmente apreciable en el decurso del libro. Agrupa la enorme masa de materiales acumulados por centurias, admitiendo crónicas, descripciones, informes y exposiciones políticas para los siglos XVI y XVII. Excluye en cambio a los viajeros, que han de constituir un tomo aparte.

Los grandes temas de la historiografía brasileña del siglo XVII se vinculan con el proceso del desarrollo de la nación y por ende, con la historia universal. Durante ese período Brasil supo del dominio español y holandés, sufriendo asaltos y visitas de corsarios y navegantes de otros países. De ahí surgen historiografías luso-brasileña, hispano-brasileña, franco-brasileña y holandó-brasileña.

Un capítulo primordial representa la historiografía del Marañón originariamente francesa con Claude Abbeville e Ives d'Evreux. Siguen relatos y crónicas españolas y portuguesas. A su turno el dominio treintañol holandés deja profunda huella en la historiografía. Existen obras generales —las de Diego Lopes Santiago, Rafael de Jesús, frei João de Santa Teresa y Francisco Manuel de Melo— y otras muy numerosas sobre aspectos parciales —social, económico, diplomático, etnográfico o sucesos varios de la conquista. Por paradoja el bandeirismo —el más importante de los movimientos de penetración en el interior— apenas si produce obras que nos informen de sus alternativas. Temperamento opuesto manifiesta la Compañía de Jesús con las numerosas constancias escritas acerca de sus empresas. Muchos nombres se podrían citar al respecto, entre los que sobresalen los de los cronistas generales Antonio de Matos, Jácome Monteiro, Antonio Pinto, Simão de Vasconcelos, João Felipe Bettendorf.

Se llega así al primer cronista mayor oficial —Diego Gomes Carneiro— y al primer historiador general del Brasil, frei Vicente do Salvador. Vienen luego una serie de relaciones y los *Diálogos das grandezas do Brasil* (1618), "...la crónica más positiva, la descripción más animada, el retrato más exacto de la vida, de la sociedad, de la economía..." (pág. 179) de la época. En fin, el padre Antonio Vieira llena su siglo con una acción misional y política de extraordinaria envergadura referida en obras caracterizadas por su índole pragmática y su sentido providencialista.

El Dr. Rodrigues saca a luz buena cantidad de autores y de crónicas e informes olvidados. Como lo hiciera Rómulo D. Carbia entre nosotros traza asimismo con riguroso criterio selectivo las líneas vertebrales de la historia de la historiografía brasileña. De la ingente tarea llevada a cabo el lector tendrá idea al repasar un índice onomástico que abarca treinta y una páginas para sólo los comienzos de una producción intelectual.

Beatris Bosch

Presente y futuro, por C. G. JUNG. Buenos Aires, Sur, 1963.

104 p.

Sobre un angustioso y repetido interrogante esta urdido este libro de los años finales de Jung: "¿Qué será del hombre, de nuestra cultura, si llegaran a estallar las bombas de hidrógeno o si Europa se hundiera en las tinieblas espirituales y morales del absolutismo del Estado?". Ante la amenaza, y aún frente a los síntomas el médico-psicólogo investiga el origen del mal para curarlo. Encuentra dos instancias igualmente disociadoras del hombre: la ciencia sin control y el Estado. Descubre asimismo, paralelamente, dos órdenes de causas que operan la transformación del individuo en hombre masa: un factor social, que es la aglomeración humana y otro filosófico, el racionalismo.

Se ha llegado así a un estado tal, que lo colectivo, hecho obsesión y epidemia ahoga lo individual.

¿Cómo ha podido desembocarse en esto? Porque sumado a los factores exteriores señalados —dice Jung—, el hombre no se conoce a sí mismo.

Si se ha vuelto al esquema primario de una sociedad formada por una masa y su conductor; si un espíritu de abstracción desprendido de las ciencias naturales, reduce al hombre al término medio de las estadísticas; si aún la misma religión es una profesión de fe colectiva, "máquina", el remedio es volver a las fuentes, al origen.

Hay que trocar una concepción del mundo centrada en el estado, y sustentada en un hombre vacío de sí mismo, por otra, en que la vivencia religiosa, personalísima, ordena de nuevo y verazmente, lo colectivo.

Debe haber una nueva experiencia de vinculación "entre el hombre y una instancia extramundana opuesta al mundo y su razón", para no caer en el hombre masa. "El individuo no enraizado en Dios no está en condiciones de resistir el poder físico y moral del mundo". El principio agustiniano de retorno al centro, está claro.

No sólo es "el espíritu del tiempo" lo que hace que Jung se sienta conmovido por esos problemas. En el fondo, su actitud, surge de su teoría de lo inconsciente.

El estado de caída del hombre en la masa, su desdoblamiento, su desarraigo, tiene por causa el desvío de su naturaleza instintiva, el desconocimiento total de "su sombra", que no sólo contiene elementos negativos. Es necesario reconocer que el racionalismo científico-naturalista le ha dado una imagen ficticia de sí mismo, al eliminar la verdadera sombra, el apriori dinámico, que nadie puede desconocer sin riesgo.

El fundamento de la actitud religiosa salvadora del hombre, es lo Inconsciente, zona donde se da algo "numinoso" —dice Jung con lenguaje de Otto—, algo inextirpable y no accesible intelectualmente.

El Dios de Jung se equipara a un principio ordenador de la psiquis humana, que en su estado natural, está disociado. Ni la ciencia, ni la política, ni la técnica pueden llevar a cabo ese ordenamiento.

El vacío de las palabras libertad, fraternidad, igualdad, debe sustituirse por una experiencia de comunión en lo Inconsciente, donde se verifica la relación de hombre y Dios.

La tarea, para que por lo menos se forme un grupo dirigente, debe ser emprendida por el médico, que por sobre el pedagogo y el curador de almas conocen y comprenden al hombre.

Tal es, en resumen, el diagnóstico y tratamiento de la actual situación. Este libro es el esquema de un médico psicoanalista preocupado por el hombre, "unidad infinitesimal de que depende el mundo y en el que hasta Dios busca su meta".

Esta traducción de Sur posibilita al público el conocimiento de una faz del pensamiento de Jung que aclara muchos puntos de su teoría psicoanalista.

Angela G. de Reggiardo

Gaceta de Buenos Aires: 1810 - 1821. Índice General, por JUAN ANGEL FARINI. Buenos Aires, Museo Mitre, 1963, 352 p.

El sesquicentenario de nuestro 25 de Mayo de 1810 ha dado origen, en nuestra patria, a una serie admirable de publicaciones. No podemos olvidar la *Biblioteca de Mayo*, editada por el Senado, ni *Mayo Documental*, publicado por el Instituto de Investigaciones Históricas Emilio Ravignani, ni los periódicos que dio a luz la Academia Nacional de la Historia. Todos ellos fueron elementos de estudio de extraordinario valor que han igualado y superado las ediciones documentales hechas en otros países en conmemoración del 1810. Sólo han faltado dos ediciones, a nuestro juicio imprescindibles para comprender en su esencia el espíritu y el carácter de los orígenes de nuestra independencia: los procesos hechos con motivo de la revolución de 1809, en el alto Perú, y la *Gaceta* de Buenos Aires. Algo se sabe respecto a las revoluciones de Chuquisaca y La Paz, del 25 de Mayo y del 16 de julio de 1810, y también es cierto que se posee una edición de la *Gaceta* dirigida por Moreno y sus sucesores, hecha por la antigua Junta de Historia y Numismática en 1910; pero lo disperso de los documentos referentes a las revoluciones alto peruanas, y la rareza de la edición de la *Gaceta* hecha por la Junta siguen permitiendo que se escriba, por ejemplo, que las revoluciones alto peruanas obedecieron a deseos de independencia política, mientras que sólo se trató de evitar que esas tierras fuesen entregadas a la infanta Carlota, y que en 1810, en Buenos Aires, sus grandes hombres usaron una "máscara" de Fernando VII y actuaron movidos por odios de razas y afanes comerciales.

En muchas ocasiones aconsejamos con insistencia la publicación de los documentos altoperuanos, que explican a la perfección los sentimientos políticos de los habitantes de esta parte de América, y una reedición de la *Gaceta* de Buenos Aires, que revela el auténtico espíritu de nuestros ideales políticos; pero, tal vez por nuestra insistencia o las verdades que esas ediciones mostrarían en forma incontestable, lo cierto es que no se hicieron y dejaron un vacío lamentable en el cúmulo de documentos que el historiador debe manejar y asimilar si quiere comprender a fondo el difícil problema de los orígenes de nuestra independencia.

Por fortuna, un investigador y erudito silencioso y de méritos no suficientemente reconocidos, el señor don Juan Angel Farini, ha hecho una labor que representa un trabajo agotador y utilísimo: el índice general de los seis gruesos tomos de la *Gaceta* de Buenos Aires que en 1910 reeditó la Junta de Historia y Numismática Americana, hoy Academia Nacional de la Historia.

Este aporte es la adhesión y el homenaje que el Museo Mitre, de Buenos Aires, ha hecho a la conmemoración del 25 de Mayo. A los cincuenta años de la reedición de la *Gaceta*, el Museo Mitre, gracias al esfuerzo extraordinario de su jefe de la División Secretaría Técnica, el señor Juan Angel Fariní, completa el pensamiento de los reeditores de hace medio siglo y ofrece al público el índice general que entonces no fue posible componer ni editar. Podemos decir que ciertos estudios y trabajos marchan despacio, en nuestra patria, pero, a la larga, se hacen.

El señor Fariní recuerda, con generosidad y justicia, un intento de índice, de los temas más importantes, compuesto por el bibliógrafo Antonio Zinny, hoy por completo insuficiente. El señor Fariní adelantó, hace años, en el *Boletín* de la Junta, que entonces dirigía Rómulo Zabala —de inolvidable memoria— la primera parte del enorme trabajo que hoy publica íntegramente.

Este índice tiene características especiales que lo convierten en una guía del estudioso y en una ayuda valiosísima. Encierra todo cuanto puede buscarse en la *Gaceta* desde el 1810 hasta el 1821: nombres de personas y geográficos, de instituciones y de temas, de acciones militares y de navios, de hechos históricos, de escuelas, avisos y cien otros detalles que sólo así saltan a la atención del lector. Disposiciones legales, extractos de periódicos extranjeros, noticias de toda índole, artículos, editoriales, comentarios, nada falta que pueda hacer comprender el desarrollo de los hechos de Mayo y de los acontecimientos posteriores.

Volvemos a insistir en la conveniencia de reeditar la *Gaceta* de Buenos Aires o, cuando menos, el primer tomo. El tomo correspondiente a 1810 ha sido escrito, en su casi totalidad, por Mariano Moreno. Hemos puesto fin, en otras páginas, a la polémica en torno a la dirección y redacción de la *Gaceta*. Sostener que el director o redactor de la *Gaceta* fue el presbítero Alberti u otra persona es un disparate que sólo pueden defender los maniáticos o ilustres ignorantes de nuestro tiempo. La *Gaceta*, salvo los artículos firmados por sus redactores o reproducidos de otros periódicos, fue escrita en su totalidad por Moreno. Es, por tanto, la *Gaceta*, una obra de Moreno que encierra su pensamiento político, su doctrina, sus ideales. La *Gaceta* puede ser considerada como la Biblia de nuestro nacionalismo, de nuestra argentinidad, y como la obra más rica en ideas políticas de la Argentina y de la América hispana. Una reedición de la *Gaceta* se impone por infinitas razones. La historia de las ideas políticas encontrará en ella fuentes maravillosas y todo un panorama, rara vez estudiado, de principios políticos en pugna: lucha de doctrinas que explica lo que antes no se lograba aclarar con las decrepitas interpretaciones racistas o materialistas. En el Tercer Congreso de Historia, realizado al cumplirse el sesquicentenario, publicamos una extensa monografía sobre las ideas políticas de la *Gaceta* de Buenos Aires en 1810. En ese trabajo deshicimos todo cuanto se había escrito sobre la supuesta "máscara" de Fernando VII. Nadie, como es lógico, se atrevió a refutar esas demostraciones. Pero es preciso ampliar esa conclusión, hoy sólo puesta en duda por los seguidores de tradiciones tambaleantes. La *Gaceta* tiene que ser analizada en más de cien puntos capitales, y este trabajo podrá ser iniciado, con mayores facilidades, gracias a este índice del señor Juan Angel Fariní.

La labor del señor Fariní ha representado largos años de lecturas y de cuidadosa preparación. A veces, un trozo del índice equivale a una completa biografía de un personaje o a una guía perfecta para estudiar

un tema determinado. El mismo señor Fariní está escribiendo un estudio sobre San Martín a través de la *Gaceta* que ha de arrojar luces nuevas sobre personalidad en apariencia tan analizada. Con sólo leer las menciones que se refieren a San Martín en este índice nos damos cuenta que ningún historiador ha seguido con la atención debida la *Gaceta* de Buenos Aires al estudiar a su héroe. El señor Fariní hará todo un libro con estas menciones y podemos asegurar que dirá cosas que los biógrafos más conocidos de San Martín no han dicho. Cuando se busque en la *Gaceta*, con este índice en la mano, lo relativo a otros personajes, los historiadores recibirán sorpresas muy grandes. Repetimos que la *Gaceta* es una fuente riquísima de informes en gran parte olvidados o inéditos. Este índice es una revelación. Por ello su autor, al darnos los medios con que evitar lecturas interminables y hallar en el acto datos de hecho perdidos en cientos de páginas, merece un elogio especial. Es un ejemplo semi único entre nosotros, que sigue la labor callada y sorprendente de su ilustre padre, el médico y bibliógrafo Juan Angel Fariní. Este erudito, siempre recordado, reunió documentos y libros que hoy son el orgullo de bibliotecas y archivos de nuestra patria y salvó ejemplares únicos que, sin él, no sabemos qué destino habrían tenido. Su hijo homónimo, su continuador y discípulo, miembro de la Academia de Estudios Sammartinianos, conocedor insuperable del archivo y de la biblioteca del Museo Mitre, ofrece a los historiadores argentinos un índice perfecto de la *Gaceta* de Moreno. Los historiadores argentinos le agradecen con emoción su incomparable esfuerzo.

Enrique de Gandía

Estudios sobre Alejandro Korn. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1963, 284 p.

Como homenaje a Alejandro Korn en el centenario de su nacimiento a la Universidad Nacional de La Plata publica una serie de estudios de autores nacionales y extranjeros sobre diversos aspectos de la personalidad y el pensamiento de aquel filósofo.

Se trata, sin duda, de un justo y oportuno homenaje a uno de los más ilustres profesores que pasaron por sus claustros.

Algunos de los ensayos están firmados por estudiosos que ya antes habían contribuido mucho a la bibliografía korniana, tales como Francisco Romero, Eugenio Pucciarelli y Angel Vasallo. Otros se deben a profesores de diferentes países de América, que se suman a las personas más o menos directamente vinculadas a la enseñanza de Korn y tienden a poner de relieve la proyección del filósofo en el continente. Leemos así ensayos de William J. Kilgore (EE.UU.), Teodoro Olarte Saénz del Castillo (Costa Rica), Emilio Oribe (Uruguay), Humberto Piñera Llera (Cuba).

Algunos de los trabajos como el que firma E. Anderson Imbert (*La estética de Korn*) y el de J. C. Torchia Estrada (*El socialismo ético de Alejandro Korn*) tratan aspectos no muy frecuentados del pensamiento del filósofo. Otros, como el de E. Estiú (*Korn y nosotros*), asumen una perspectiva personal, casi íntima. E. Tabernig presenta y analiza una inédita narración juvenil del filósofo.

Casi ninguno deja de referirse, aunque sea incidentalmente, a lo que parece ser la más original o por lo menos la más fecunda y significativa doctrina korniana: la libertad creadora. Por otra parte, casi ninguno elude, al estudiar la filosofía de Korn, lo que es, sin duda, el interrogante crucial del pensamiento contemporáneo: la posibilidad y los límites de la metafísica.

Los ensayos de F. Romero y H. Rodríguez Alcalá tratan de ubicar a Korn en el espacio al considerarlo como pensador argentino; el de A. Vasallo lo sitúa en el tiempo al señalar la actualidad de su filosofar.

Algunos estudios tienen un carácter predominantemente crítico, como los de Kilgore y Olarte Saénz del Castillo; otros son más bien expositivos, como el de S. A. Tri; algunos se hacen notar por su rigor académico, como el de E. Anderson Imbert; otros por su cálido acento biográfico, como el de E. Estiú.

Las facetas del tema, como es natural, no se agotan aquí, pero, sin duda, algunos de los temas y de las cuestiones fundamentales se han abordado con seriedad.

Angel J. Cappalietti

La cuestión judía, por ROMANO GUARDINI. Buenos Aires, Editorial Sur, 1963. 88 p.

Reúne este opúsculo dos breves ensayos del ilustre pensador alemán: el primero, con el título del epígrafe, es de carácter moral; el segundo, intitulado *Principio: una interpretación de San Agustín*, es de carácter filosófico. *La Cuestión judía* es enfocada por el autor en el plano de lo propiamente humano, dejando de lado la antinomia "antisemitismo-filosemitismo", considerándose directamente el hecho: "Consiste en que mucha gente que no era culpable de nada fue envilecida, despojada de sus bienes y exterminada" (p. 12). Con valentía, con su habitual lucidez, Romano Guardini plantea la cuestión como una advertencia a su pueblo, a su nación, a la humanidad entera, pues de su urgente solución depende, a su juicio, la historia venidera: "Si la eludimos, si procuramos que lo sucedido se hunda en el pasado y el olvido, se convertirá en trauma psíquico del pueblo, vale decir, de todos nosotros, y en pauta del futuro desenvolvimiento histórico" (p. 32). La iniquidad cometida exige una "digestión", esto es, una superación; en primer lugar, desde el plano moral, puesto que atenta contra el bien; en segundo término, porque es algo real, una potencia que, de no ser dominada, sigue operando. Ningún país, según Guardini, puede considerarse inmune a este peligro, ya que lo ocurrido en la Alemania nazi no es privativo de los alemanes. Puede suceder todavía en cualquier parte donde el Estado y el cálculo político adopten el monstruoso principio de conculcar la verdad y la justicia contra los legítimos e inalienables derechos de la persona humana, coligándose con la técnica, con la máquina para erigirse "en organización de la totalidad del poder político, en sujeto de todo desenvolvimiento histórico".

El segundo ensayo, *Principio: una interpretación de San Agustín*, es un análisis del agudo pensador sobre cinco textos de los cinco primeros capítulos de las *Confesiones* de San Agustín, respectivamente, aquéllos en que el filósofo se plantea la pregunta acerca de cómo se encuentra el in-

dividuo en el ser e indaga sobre su propia esencia y existencia adelantándose en siglos a la manifestación de la moderna vivencia existencial. Guardini recorre ese itinerario agustiniano estremecido de vida e interpreta hasta el meollo, iluminándolas para el lector, las expresiones más que teóricas testimoniales del gran convertido de Hipona, quien "confiesa" más que sistematiza sus propias experiencias el hecho "fecundo, misterioso y turbador" de la existencia humana.

Ambos ensayos componen este breve libro, hondo y rico, donde Guardini se manifiesta, en uno, el testigo alerta de su tiempo, y en otro, el admirable intérprete de textos imperecederos.

Edelweis Serra

Espirituales, por SARAH BOLLO. Montevideo, Editorial Rosgal, 1963. 122 p.

Después de la constelación ya clásica de poetisas uruguayas integrada por Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira y Juana de Ibarbouro, aparece en el Uruguay una importante generación de mujeres poetas en muchos aspectos superiores por su profundidad, por su calidad artística, a sus ilustres predecesoras. Ellas son: Sarah Bollo, Sara de Ibáñez, Esther de Cáceres, Clara Silva.

Sarah Bollo, la autora de *Ciprés de púrpura* (1944), libro que prologara Américo Castro con palabra memorable, reúne ahora en *Espirituales* los poemas de estos últimos años. A su lectura puede repetirse el juicio del ilustre crítico español: "Su arte, leal y auténtico a la emoción y a la ajustada expresión, se define "indefiniéndose". La soledad de la mujer, motivo fundamental de aquel libro, se reitera en éste, pero con remansada serenidad, en contraste con la apasionada versión de aquél. De aquí su tónica, no de radical desgarró, sino de suave elegía nutrida en la experiencia de la muerte, de una muerte asumida, integrada a la vida. La artista uruguaya, que ha manejado en sus libros poéticos anteriores con fuerza de señorío un sistema expresivo propio dentro del cuadro general de las formas tradicionales, se mueve en este nuevo libro con la misma soltura y fluidez, aunque —preciso es decirlo lealmente—, en conjunto, con menos originalidad, con más pálida expresividad. Ello tal vez se deba, creo, a que este libro habría podido ser más breve, alertado por una más exigente voluntad selectiva. Porque para Sarah Bollo basta una estrofa de breves versos para manifestarse en plenitud poética. Sirvan de muestra estos dos ejemplos: *Su muerte iba creciendo de sus manos, / iba creciendo lentamente / hasta que fue árbol en llamas, / y peligroso navío, / atadó sosgado / y cristalino lirio, / e inmensa cruz volando, / y canto de victoria, / y espíritu gozoso y extático.* Esta admirable plasmación de la palabra poética la hallamos también en la consciencia estrófica de: *Sangre mía, mi altiva sangre, / sonora y fuerte, / árbol purpúreo estremecido, / lira sin muerte.*

Edelweis Serra

Deslinde del tiempo y el ángel, por LUIS RICARDO FURLÁN. Buenos Aires, Editorial Francisco Colombo, 1963. 96 p.

Poetas de las últimas promociones hispánicas, desde Miguel Hernández a Vicente Gao y Blas de Otero han seguido cultivando el soneto, al que eligen como forma condensadora de su caudal lírico, consiguiendo de nuevo, después de siglos de sonetistas famosos, engendrar esa creatura perdurable, siempre antigua y siempre nueva, de catorce endecasílabos. Es que el soneto permanece: "tan profundo como el enorme misterio oscuro de la Poesía, es el breve misterio claro del soneto" (Dámaso Alonso, *Permanencia del soneto*, en *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, 1958). Si es un hecho admirable la permanencia del soneto en las letras españolas, no lo es menos en las hispanoamericanas, como lo atestiguan en la Argentina, por ejemplo, un Marechal, un Nalé Roxlo, un Bernárdex, un Molinari, y como lo testimonia ahora *Deslinde del tiempo y el ángel* de Luis Ricardo Furlán. Sus sonetos tienen la cualidad de lo diáfano y transparente, de lo armónico; son un levantado impulso lírico remansado en un canon ceñido de belleza expresiva. Tal vez no sin alguna reminiscencia de Ricardo Molinari, el arte logrado por Furlán en sus sonetos es intenso y fino a la vez: sobriedad y fuerza, encauzado manantial lírico, inspiración voluntariamente contenida en el cerco apretado que ha escogido para comunicar su poesía indagadora del misterio de la vida, del poeta, de la soledad y de la tierra: *¿Quién atraviesa el canto? ¿Quién avanza / por esta zona inhóspita y rendida / en alado caballo —cruela y brida—, / fogoso grito y además de lanza?*

Edelweis Serra

Narradores de esta América, por EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL. Montevideo, Colección Carabela, Editorial Alfa, 1963. 195 p.

Reúne en este volumen el conocido crítico uruguayo diversos trabajos publicados en periódicos de su país y de América entre los años 1951-1961. Algunos son simples notas o artículos bibliográficos, otros alcanzan el nivel del ensayo. Merecen especial mención los ensayos dedicados respectivamente a Jorge Luis Borges, Horacio Quiroga, Enrique Amorim, Juan Carlos Onetti, por la profundidad del planteo y la aguda valoración crítica. De Borges analiza con gran pericia los procedimientos de su literatura fantástica; de Quiroga las sutiles relaciones entre su vida y sus creaciones; de Enrique Amorim las etapas y los valores literarios de su narrativa conjugada de realidad y fantasía; de Juan Carlos Onetti el contenido novelesco y el estilo. Otros análisis penetrantes son los que dedica a Mariano Azuela y la novela de la revolución mexicana, a la revisión crítica de *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos y a la novela brasileña representada en José Lins do Rego. Rodríguez Monegal, que ha sabido penetrar a fondo en el mundo narrativo de Quiroga, de Borges, de Amorim, a quienes demuestra conocer lúcidamente, en su reseña sobre

Adán Bucnosayres de Leopoldo Marechal (escrita en 1949), apenas ofrece un comentario parcial, acaso retaceado, comprensible en esa fecha de la aparición de la novela, pero que exigía, ya con suficiente perspectiva, una revisión y un replanteo más desapasionado e integral en 1963. Estimó que con la novela de Marechal su crítica es de superficie, sin calado en la dimensión íntegra de una obra que otro crítico uruguayo de inasoslable consulta, Alberto Zum Felde, supo valorar con mayor ecuanimidad.

Edelweis Serra

Sentido y misión del pensamiento argentino, por SANTIAGO MONTSERRAT. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1963. 190 p.

Varios ensayos, aparecidos en diversas épocas en revistas del continente (Cuadernos americanos de México, Sur, Realidad), otros trabajos como el editado por la serie Extensión Universitaria de nuestra Universidad, el titulado: El humanismo militante de Saúl Taborda, y el informe elevado por el autor al 4º Congreso Argentino de Escritores, realizado en Mendoza en 1958, constituyen la materia de este libro, heterogéneo por los diversos enfoques de una misma preocupación y homogéneo por el pensamiento unificador del autor con respecto al valor del compromiso que asigna a la inteligencia. Claro que en un análisis exhaustivo de las situaciones analizadas, por ejemplo, Echeverría y el problema de nuestra expresión, y Eduardo Mallea y la Argentina profunda, el pensamiento coherente es el de señalar una búsqueda un tanto intuitiva de una realidad invisible pero sentida, no siempre conocida en profundidad, y naturalmente invisible para la mirada o la reflexión condicionada por un tipo dado de cultura, por un compromiso intelectual.

Es muy agudo el análisis de Montserrat con respecto a esta distinción inicial de Mallea y se pregunta: ¿Cuáles son las virtudes del argentino auténtico? Las del patriciado que Mallea propone han existido, dice Montserrat, indudablemente y como las enumera Mallea las vemos: ánimo de donación, ánimo de libertad, exaltación serena de la vida, amor (y nosotros diríamos que limitados al propio plano de existencia, a la propia clase). Pero, estos actos de fe, dice, deben ser orientados por una conciencia que sepa elegir valores, o una conciencia libre, sostenida por el ánimo de libertad. Y concluye el sagaz análisis expresando que la imagen del hombre argentino que nos propone Mallea no puede reputarse completa, queda un poco en el aire y lo atribuye Montserrat a falta de esa claridad profunda que se advierte en la mayoría de los escritores argentinos. Tal vez debiese el autor emplear el término ensayista, pues los escritores de imaginación no necesitan para reflejar la realidad nacional, en sus novelas o cuentos, sino honradez y espíritu sensible.

Insiste nuevamente Montserrat, al final de su interesante ensayo, en atribuir la falta de algunos elementos esenciales de juicio a condiciones notorias del medio cultural argentino, que carece, según él, de historiadores, filósofos y artistas aplicados a meditar... "con ánimo abisal la textura propia del organismo nacional, y a proporcionar, por consiguiente, al escritor aquellos datos fundamentales destinados a completar su

visión intuitiva", con lo cual estamos perfectamente de acuerdo, pues en nuestro país nos resulta imposible encuestar simples cuestiones de orden corriente que forman la textura del cuerpo nacional, como ocurrió con el documental de los cuarenta cuartos.

En "Esteban Echeverría y el problema de nuestra expresión", Montserrat desarrolla su pensamiento filosófico y concluye en que uno de los méritos principales del pensador fue su apasionado intento de interpretar una realidad nacional y servirla con sus ideas, dando un carácter de misión a su voluntad combativa.

En el ensayo con que se inicia el volumen: "Razón y pasión del pensamiento hispanoamericano", dedicado a Martínez Estrada, se hace una ajustada revisión del pensamiento de Alberdi y deja planteado un interrogatorio digno de meditar. Es el relativo al valor de la filosofía como actividad mediante la cual el hombre trata de asir una verdad para salvarse del naufragio y rescatar el valor de su vida, y luego de expresar que en la edad moderna se halló en la Razón el fundamento sólido del mundo, en el presente "nosotros no lo hemos hallado todavía". "Estamos, agrega, eso sí, entregados de lleno a la tarea de descubrirlo, si bien son aún inciertos los caminos que habrán de proporcionarnos la anhelada salida para nuestra crisis. ¿Vendrá la solución por el lado del marxismo? ¿Vendrá por el lado del existencialismo al que desde ahora negamos toda posibilidad como sistema metafísico de salvación? ¿Vendrá por el lado de una democracia cristiana? ¿Vendrá por el lado de una antropología filosófica, del tipo de las diseñadas y de las que todavía intenta diseñar la edad contemporánea?"

Estos interrogantes, del año 1958, parecen contestados por Roger Garaudy, en "Perspectivas del hombre", traducido recientemente al castellano. Garaudy analiza, precisamente, los fundamentos de las concepciones existencialistas, católicas y marxistas, para lo que el autor de "La libertad" ha contado con la supervisión de Sartre y Marcel, existencialistas; Jean Lacroix, personalista católico, Tresmontant y Cuénot para la obra del R. P. Teilhard de Chardin, católico, y H. Wallon para el marxismo. Con respecto al existencialismo, invalidado por Montserrat, dice Garaudy: "El existencialismo no puede ser otra cosa que un lugar de paso para llegar hacia otra filosofía", pues si pone el acento en la trascendencia conduce a la filosofía católica y si lo pone en el porvenir, entonces conduce al marxismo.

Para concluir, diremos que Santiago Montserrat ha hecho bien en reunir en un volumen sus ensayos, plenos de agudas interpretaciones y muy bien escrito. Contribuye así a reafirmar algunos principios fundamentales del pensamiento argentino desde el punto de vista del análisis liberal que utiliza correctamente.

L. Gudiño Kramer

Pampas y lanzas, por QUEBRACHO (LIBORIO JUSTO). Buenos Aires, Editorial Palestra, 1963.

En la colección Agramante de la editorial Palestra ha aparecido este libro de Liborio Justo que constituye el fundamento histórico, económico y social de la nacionalidad y de la conciencia nacional argentina.

La documentación reunida por el autor es abundante y prácticamente agota el tema principal, que se propone aclarar, en algún sentido, la dirección y el origen de las contradicciones relativas a lo que se llama el ser nacional, para, como dice el autor, conociendo el pasado poderse orientar en la interpretación del presente, encontrando una perspectiva para el futuro.

Para conocer las circunstancias en que aparece el prototipo de la nacionalidad, en este caso el Martín Fierro, Liborio Justo realiza un exhaustivo examen del desarrollo histórico de la república y de la tesis que partiendo de la lucha por la apropiación de la tierra y de las vacas, eliminó el indio y convirtió al gaucho, transformado en peón o soldado, en servidor de la oligarquía. Justo defiende contra esta tesis y la posterior utilización ideológica del gaucho en el poema de Hernández, la figura del araucano, de los indios de la pampa, que podrían haber dado un mejor prototipo, según él, como Baigorrita, para la exaltación del carácter independiente, indómito y realmente libre del ser nacional. Con adecuada documentación, este libro plantea una serie de interrogantes, y sin que nos atrevamos a compartir plenamente la tesis del autor, no podemos menos que advertir sobre la seriedad de su enfoque y sobre la ímproba labor realizada. Liborio Justo no trata de rescatar del culto oligárquico a un ser tan nacional como el Martín Fierro; él dice: "La oligarquía, aliada a aquellas fuerzas extrañas, ¿ya ha hecho su elección? ¿Nos corresponde a nosotros seguir detrás de ella, como se nos aconseja?"

G. K.

Poemas de integración, por ARTURO MARASSO. Academia Argentina de Letras. Buenos Aires, 1964. 304 p.

Como homenaje justiciero a uno de sus académicos de número, la Academia Argentina de Letras ha publicado —en rigurosa edición— los "Poemas de Integración" de Arturo Marasso. Poeta argentino cuyo bello y perenne canto de vida significó y sigue significando un claro ejemplo de autenticidad y vigor expresional para las generaciones jóvenes, Arturo Marasso, a través de una obra pacientemente decantada, continúa demostrando que el tiempo implacable da —por mediúmnica paradoja— lozanía y transparencia a sus versos.

En este caso, sus "Poemas de integración" vienen a confirmar el feliz aserto. A través de un largo y casi único poema que bucea por la vida de los hombres ubicados en su paisaje existencial, Marasso da cuenta de "las circulares islas que constelan los descansos", abriendo su mirada (ya un poco menos ligada al asombro) hacia este mundo de mordientes muros. La historia que nos narra a través de lúcentes y lúcidas metáforas, es —sin duda— la historia de todos los días y de todos los hombres, Pero (y sin embargo) la forma de contárnosla o de cantarla, cobra una intensidad particularísima: más humana que estilística, altura que sólo puede alcanzar el poeta frecuentador de las más exquisitas experiencias sensibles.

Porque también —y en esto estriba lo mejor de su voluntad poemática— el creador no se detiene en el puro censo de los sentires más o me-

nos plácidos o violentos, sino que se interna en las mágicas inteligencias, en los trasmundos del ser (tan terribles y sustanciosos), en la masmédula y en la hondura metafísica. Su pesca ("sagrada" es el adjetivo que se escapa en el caso), casi llegar a sugerir que, más que un mundo, es un reino al que se está absolviendo en rituales escritos, más que a hombres, a espejos de cristales sensibles.

Esto y mucho más es lo que van sugiriendo las re-lecturas de los "Poemas de Integración". Libro que se bebe en el mejor cristal, en la más hermosa amistad, como que es un Libro de vida, contemplada desde el indemne reposo.

J. M. Taverna Irigoyen

Poemas de los diez días, por ENRIQUE ELISSALDE y *Poesía*, por JULIO J. CASAL. N^{os} 11 y 12 de la Colección Aquí Poesía. Montevideo, Uruguay, 1964.

La publicación bimestral "Aquí, Poesía", que dirige Rubén Yacovki, ha iniciado la labor difusora del año con dos buenos ejemplos de rigor poemático. En el uno: Enrique Elissalde, se espeja la voluntad tierna y sin embargo iconoclasta (en ciertos órdenes, al menos) del poeta en germinación. En el otro: Julio J. Casal, se advierte en la primera y poderosa lectura la larga cosecha simbólica y de sensaciones de quien ha vivido mucho, dando la debida cuenta de su vivir. Sin embargo —y por provechoso contraste— la ligadura de aparición de ambos volúmenes sirve para asociar algo más que la raíz y el follaje, la fiebre juvenil y el reposo intimista, el poeta naciente y el poeta formado en plenitud.

Porque leyendo "Poemas de los diez días" y la selección de tipo antológico de Casal, se reitera una vez más dentro de nuestro convencimiento que las temperaturas de la poesía tienen su edad y su vigencia, que cada ventana alienta diferentes cielos —aún estilísticos— de acuerdo al mayor o menor avance dentro del tiempo existencial; que la poesía es siempre un sacudimiento de nuestros afanes o de nuestros dolores.

El libro de Elissalde (sin buscar originalidad, pero tocándola) es un único poema del poeta enfermo durante 240 horas. Lo que transcurre a su alrededor: el mundo hemisférico y el doméstico, sirven para desmadrar las horas y contemplar, contemplándose. Su receta es simple: casi impresionista en la enumeración, pero cautiva por su sencillez y ternura.

La selección que se ha hecho de la obra de Julio J. Casal, tiene autenticidad. Desde "Colina de la música" hasta "Distante álamo", desfilan por el volumen varias de las mejores composiciones del gran poeta uruguayo. Aquel que, elegiacamente, pedía en uno de sus poemas: "Puesto que hay que morir, / no me deis tierra / ni cielo. / Derramadme en el aire".

J. M. Taverna Irigoyen

The conquest of happiness, por BERTRAND RUSSELL, Londres,
Umwin Books, 1962. 159 p.

Llega a nuestras manos la décimoquinta edición de esta obra, aparecida en 1930. No constituye, por tanto, ninguna novedad bibliográficamente hablando, pero estimamos que no deja de tener interés comentarla, debido a la circunstancia de que, pese a sus años, conserva íntegramente la vigencia de su contenido.

El singular y maravilloso pensador inglés da a este libro el título de "Conquista de la felicidad", advirtiéndonos desde las primeras líneas de su prefacio, que en sus páginas no ha de hallarse profunda filosofía ni frondosa erudición. Y así es, en efecto, dado que sus palabras son sorprendentemente sencillas, como es habitual en muchas obras del autor. Armado casi exclusivamente de "common sense", nos lleva por los caminos de la meditación en torno al problema de la felicidad humana, llegando en ciertos momentos a parecer obvio, elemental, hasta innecesario, poner en letras de molde sus observaciones y conclusiones. Pero, lamentablemente, este extremo no es exacto: son muchas las oportunidades en que olvidamos estas elementales normas de sentido común y marchamos hacia nuestra propia infelicidad, cuando no hacia nuestra autodestrucción.

El trabajo del genial premio Nóbel está dividido en dos partes. En la primera se ocupa de las causas de la infelicidad, mientras en la segunda trata las causas de la felicidad.

La primera comprende nueve capítulos que versan respectivamente, sobre qué es lo que hace infeliz a la gente, la infelicidad del tipo de Lord Byron, la competencia, el aburrimiento y la excitación, la fatiga, la envidia, el sentimiento de culpa, la manía persecutoria y el temor de la opinión pública.

En la segunda, después de preguntarse si la felicidad es posible aún, trata los problemas concernientes al placer, al afecto, a la familia, al trabajo, a los intereses impersonales, al esfuerzo y resignación y, por último, se refiere al hombre feliz.

En todo el trabajo hallamos conclusiones sumamente interesantes obtenidas de la observación social, del psicoanálisis —aunque sin exagerar la nota— o del simple sentido común, ilustradas magníficamente con expresiones del fino humorismo y del elemental criterio práctico que caracterizan al autor. El profundo desprecio de Russell por los prejuicios sociales, por la ignorancia de los que creen poder convertirse gratuitamente en censores de sus congéneres y por toda explicación sobrenatural o de pensamiento mágico, se pone de relieve una vez más en estas páginas. También surgen de ellas el sabor amargo y la euforia de superación que invariablemente dejan en el lector los libros del filósofo británico. El profundo mensaje de vida y de esperanza fundado en lo real, en lo observable, en lo diario, y el grito furioso contra un mundo que no es lo que pudiera ser con sólo quererlo, también se hallan en las páginas de esta obra.

En la primera de las partes en que se halla dividida, es con fino y penetrante estilete de verdad, con el que una a una, se desgajan las causas que contemporáneamente conducen a la gran mayoría de los seres humanos a su propia infelicidad. En la segunda, es el consejo constructivo y alentador lo que destaca. Por supuesto que Russell no desconoce que en ciertos casos la infelicidad viene de factores contingentes y completa-

mente ajenos a nuestra voluntad. Pero, entonces, surge el filósofo con su encuadramiento cósmico del problema: lo diminuto del ser humano y de sus posibilidades frente al universo. Esto es precisamente lo que la Humanidad olvida muchas veces, pretendiendo sentirse centro y reina del cosmos, cosmos en el cual representa sólo un accidente. Quizá, volviendo por esta vía a la verdadera integración con la Naturaleza será como el hombre encuentra su felicidad y su destino, mucho menos trascendente, pero mucho más beneficioso para sus congéneres.

E. Raúl Zaffaroni

Sociología Jurídica, por HENRY LÉVY - BRUHL. Buenos Aires, EUDEBA, 1964. 61 p.

Este trabajo, breve aunque interesante, se halla dividido en dos partes, ocupándose la primera, bajo el título de "Generalidades", de la definición de las fuentes y de los factores de evolución del Derecho. La segunda comprende la ciencia del Derecho o "Jurística". Con la denominación de "teorías espiritualistas", trata las concepciones del Derecho en la Antigüedad, para pasar luego al Medievo, donde destaca, aunque consideramos que no tanto como corresponde, el entronque del racionalismo griego con el voluntarismo cristiano, concretado por Santo Tomás. Después de ocuparse de los glosadores y postglosadores, de las concepciones del Derecho natural y de las del siglo XVIII, concluye ocupándose de la Escuela Histórica de Hugo y Savigny. Sintéticamente realiza el autor una exposición crítica de la doctrina "marxista", que considera al Derecho como una expresión de las clases opresoras sobre las oprimidas. Luego, con acertadas palabras, expone la concepción sociológica, deteniéndose en el problema referente a si la creación de normas jurídicas corresponde sólo al grupo político, o si, por el contrario, otros grupos sociales crean verdaderas normas jurídicas. La preferencia por esta última corriente le lleva a tratar de las normas supra e infraestatales. Concluye hablándonos del Derecho, la religión y la moral, para afirmar que el carácter de las normas jurídicas es eminentemente variable.

Se ocupa de las "fuentes del Derecho", formulando interesantes observaciones sobre la costumbre, la ley, la jurisprudencia y la doctrina.

Considera tres clases de factores de "evolución del Derecho", a saber: económicos, políticos y culturales, los que pueden actuar de manera normal o revolucionaria, definiendo la revolución como "la mutación brusca y violenta, total o parcial, de un sistema jurídico, realizada por la intervención de un elemento de población portador de nuevos valores entre los elementos activos del cuerpo social".

La segunda parte, que, como dijimos, se ocupa de la ciencia del Derecho o Jurística, comienza con la discusión acerca de la naturaleza científica o meramente técnica de las disciplinas jurídicas. Después del kantiano "Sollen" y "Sein" concluye afirmando el carácter científico del Derecho, y que "el verdadero motivo por el que ciertos juristas no se animan a ver en el Derecho una disciplina científica, se relaciona con su formación individualista". Pero lo cierto es que a lo que Lévy-Bruhl llama

ciencia del Derecho es a la Sociología Jurídica, descartando la dogmática que ni siquiera menciona.

Considera al Derecho como un hecho social, "manifestación de la vida social, como el lenguaje, el arte, la religión, etc.", que "no podría ser encarado en forma diferente a las otras actividades de la sociedad, con las que tiene estrechos contactos". A tal punto extrema el autor este punto de vista, que cuando trata del método, lo reduce al de la Sociología, concluyendo con una referencia a la tipología de los sistemas jurídicos de René David.

Por último, como problemas "de hoy y de mañana", habla de los "contactos" de los diversos ordenamientos jurídicos, refiriéndose a la recepción del Derecho en la Edad Media y en el mundo contemporáneo. Concluye su obra con varias observaciones sobre la posible unificación del Derecho en el planeta.

Finalmente, digamos que se trata de un trabajo interesante, muy documentado y de gran valor, pese a su visión parcial de la ciencia del Derecho.

E. Raúl Zaffaroni

Machu Picchu el más famoso movimiento arqueológico del Perú, por LUIS E. VALCÁRCEL. Buenos Aires, EUDEBA, 1964; 102 p. 26 láminas y un mapa.

Doblemente valioso resulta este volumen que acaba de publicar EUDEBA. Sus méritos no son sólo de carácter didáctico, sino literario. La armónica combinación de ambos planes no siempre se da en trabajos de esta índole. Su autor, cuya prestigiosa labor no es menester subrayar aquí, ha sabido adecuar la precisión científico-informativa de su ensayo con la galanura de una prosa ágil y por momentos poética.

Abre el libro un mapa del Perú con la ubicación de Machu Picchu; y para penetrar en este mundo fantástico de piedra y misterio ofrece Valcárcel una lista de nombres quichuas con su correspondiente traducción. Finalmente, el lector se ve orientado inteligentemente a través del breve prólogo en el que se especifica, entre otras cosas:

"En la época pre incaica los elementos aglutinantes fueron de naturaleza mágico-religiosa", "se expresó mediante las artes en su esencia de lenguaje para lo sobrenatural, simbolismo puro" (p. 10).

Las adecuadas fotografías y láminas, algunas de ellas tomadas de ejemplares únicos iluminan este camino alucinante y esclarecedor hacia las "fuentes" de la civilización pre colombina. El historiador nos lleva paulatinamente hacia Machu Picchu a través de un itinerario geográfico-histórico y por qué no, esotérico. Tomemos como ejemplo estas líneas:

"...la manera de jugar con el agua, haciéndola discurrir por finos canales de piedra y saltar después de fuente en fuente, de terraza en terraza, es casi exclusiva de conjuntos como Machu Picchu. En otros lugares, como en Yukay, el curso del agua cumple su función utilitaria en el regadío de las sucesivas plataformas, pero en la región Tambu desempeña función adicional mágico-religiosa (para nosotros, poética) teniendo el agua expreso sentido de purificación e indudable significado hierofánico" (p. 30).

Una vez hecha la descripción del terreno, el autor nos indica el camino de la grandeza incaica; esto lo leemos a partir del capítulo VII: *El ambiente luminoso*. Frente a Machu Picchu, aún después de los pacientes estudios realizados, después del descubrimiento de Hiram Bingham, los enigmas subsisten. Por eso declara Valcárcel: "su simbolismo, su estrecha relación con lo mágico-religioso, con la economía, o con la política" sólo puede "analizarse e interpretarse adecuadamente conociendo el marco", y después añade: "y ese conocimiento tiene que ser condicionado a la función de la mente de los hombres que dejaron tales testimonios" (p. 52). Es éste, un concepto que reitera justificadamente. La maravillosa obra que el Gran Inca arquitecto realizó trazando él mismo los planos de la ciudad y de los edificios, tiene un valor imponderable más allá de los límites estrictamente científicos: "Machu Picchu no es un monasterio, ni exclusivamente un santuario; pero de todos modos, es un lugar sacralizado" (p. 57).

Machu (Viejo) *Picchu* (Pico) es un conjunto armónico en su totalidad, de allí que para el observador sensible e inteligente "La entrada moderna a Machu Picchu constituye una ruptura sacrilega de su encierro" (p. 65). No es profanar este recinto estudiar sus piedras, escudriñar sus templos, sino iluminar nuestro presente proyectándonos hacia la dimensión profunda del pasado. En el capítulo X: *El descubrimiento científico* pasamos a ese mundo concreto del descubrimiento llevado a cabo por el célebre equipo norteamericano. Sin embargo, no pudieron ellos, ni sus sucesores descifrar *Ciertos enigmas* (véase Cap. XI). Por ejemplo:

¿Los discos de piedras que no son cuentas ni signos monetarios?

¿Los cadáveres femeninos extraídos en un total de 135 de las tumbas de Machu Picchu? ¿Era, acaso, ésta una ciudad de mujeres, o un centro de trabajo femenino?

¿Las escalinatas esbozadas en la roca sobre la cual se alza el Torreón; y otras que no conducen a ninguna parte?

¿Por qué no se halló ningún objeto de oro ni en los templos ni en las tumbas?

¿Cómo pudieron completar su escasa provisión de agua?

Estas y otras preguntas no tienen respuesta hasta hoy. Por ello, cerramos este breve pero muy cuidadoso libro con una inquietud: más que intelectual, esencialmente vital, radicalmente humana.

Norma Pérez Martín

1810, *Juárez espera...*, *Justicia a la mexicana*, *El hombre universo*. y *Las tres caras del hombre*. Serie Teatro Mexicano. 25 obras en 3 actos, de ALFONSO ORTIZ PALMA. México, Ed. autor, 1962.

Un plan ambicioso se ha trazado Alfonso Ortiz Palma. El de dar un panorama de la vida mexicana, partiendo de los orígenes de la nacionalidad, que se remontan al imperio azteca, hasta el presente, que encuentra a México convertido en uno de los países que marchan a la cabeza de Latinoamérica. El compromiso del autor tiene, en este caso, una doble

faz. Reflejar la realidad, imparcial y objetivamente, por un lado, y por el otro, expresarse de manera artística, ya que no está haciendo historia sino teatro.

La presente serie incluye veinticinco obras, todas ellas en tres actos. Sin duda, una labor impropia, que suponemos ha demandado a Ortiz Palma largos años de labor. Nuestra sorpresa aumenta al enterarnos de que el autor prepara otra serie de igual número de obras, de las cuales adelantamos todos los títulos.

A través de las cinco piezas llegadas a nosotros, comprobamos que el teatro de este escritor mexicano es —como lo da a entender en el prólogo que se repite en cada volumen— esencialmente didáctico y popular. No sabemos si estas obras han llegado al presente a la escena. De haber ocurrido así, creemos que pueden haber alcanzado buen éxito de público, pero no de crítica. Hay en ellas elementos melodramáticos de seguro efecto, de probada eficacia en el radioteatro y la cinematografía que se estilaban en nuestros países. Ortiz Palma sabe caracterizar a sus personajes y también hacerlos hablar en un lenguaje que siempre es grato a los oídos de los grandes públicos. Pero esto, claro está, no basta. De ahí nuestra sospecha de una crítica desfavorable en caso de haber subido estas obras a escena.

El melodrama, evidentemente, no es una especie que permita, de ninguna manera, alcanzar los altos niveles posibles de lograr por medio de la tragedia (o el drama moderno) y la comedia. La misma facilidad creadora de Ortiz Palma no podía manifestarse mejor que en el melodrama. La obra de los autores dedicados a las otras expresiones teatrales resulta imposible que sea tan cuantiosa.

Edgardo A. Pcsante

La epopeya de América, por EDGARDO UBALDO GENTA. Madrid, Aguilar, 1963. 1154 p.

Este poemario del general poeta E. U. Genta viene a incrustarse como cuña entre sus congéneres, como "La araucana" y el "Canto general", no ya juzgados en equivalencia poética, sino en fines de la epopeya resplandeciente que el nuevo mundo inspira a las actuales generaciones. El autor, bien conocido por cuantos rondamos poemas en esta América nueva que se perfila como una creación del tiempo para la eternidad, es uruguayo. Decir que es uruguayo y vecino de Montevideo, "la ciudad de todos, donde se vive como se quiere y se piensa como se debe", por consecuencia queda casi todo dicho. Pero dentro de él hay un poeta, que siguió la carrera de soldado, avanzando "duro entre los dardos de envidiosos francotiradores y maliciosas camarillas literarias, entre las censuras de los militares por ser poeta y de literatos por militar", como designa Carlos García Prada en una conceptuosa introducción donde ubica a la única persona que escribió esta obra de tamaño realce para cantar la magnificencia de un continente que se está poblando de melodías.

Genta ha puesto en este libro 50 años de su vida fructífera, ensalzando la libertad y la justicia en pleno siglo XX. Anteriormente lo hicieron otros, valiéndose de armas y letras, como Garcilaso y Ercilla. Pero

nuestro poeta uruguayo no ha tenido contra quien medir los hierros, a no ser con la pluma sobre la imagen de papel en blanco para escribir más de treinta libros.

Como poeta creyente y universalista tiene de lo espiritual cuanto el hombre recibió de las ideologías mitológicas chinas e hindúes y cosmogonías de mayas e incas, concebidas como veneraciones artísticas. Para Genta el hombre es el único ejemplar de la creación que sabe y entiende de todo. Para él se ha creado el firmamento en su forma de interpretación filosófica, pues que no tiene otro horizonte y la melodía. Por ese camino, el artista ““abstrae los valores humanos y los selecciona y depura” hasta organizarlo silibrememente en formas expresivas y comunicables”, agrega García Prada.

La epopeya de América comienza con el canto del nuevo mundo, la creación del poeta y el género humano. El canto luz y la epopeya con el delirio sobre el Chimborazo, la discordia, los conquistadores, la tragedia del cóndor como símbolo de Iberoamérica. Venía de Indoamérica y pasó por la cordillera de los Andes con las mujeres de la emancipación y la marcha de los héroes para encontrarse en el abrazo de los libertadores. Luego, amanece en Mundamérica partiendo del Río de la Plata hacia el despertar de nueva Troya para terminar la apoteosis en el Himno de América.

La epopeya del continente es la epopeya del espíritu, que Genta canta en lo que denomina la platanía, en la plaza, el puerto, el hogar y el alba en el navío. Luego, la Amazonia con el hombre, los Andes, la Selva, el Dorado y el Amazona, para alcanzar el trono de los Mayas, con México y América central en el descubrimiento, la montaña y el renacimiento hasta el encuentro de Dios en el hombre y la naturaleza, como protagonistas de la historia, a través de la sublimación al arquetipo y al retorno.

A este interludio le sucede la epopeya liberadora con Bolívar raptor del fuego, los precursores, la presencia de Napoleón en el escenario europeo. El palatinado Francisco Miranda, la Venezuela, los episodios de 1810 al 1812 y el cataclismo. Resurgimiento de Cartagena de India y Carabobo, el episodio del Ecuador, los acontecimientos de 1822 con la lucha y el amor para encontrarnos con Bolívar encadenado. De allí, Genta salta a la victoria de Ayacucho, corre al Perú con su gloria centelleante, desiente a Bolivia y Bolívar es libertado.

El coloquio de las grandes almas, la Venezuela de sus amores, la decepción y la soledad que vio caer a Bolívar sobre la cruz del llano en tanto el hado que con tamaño caudal le ha herido “traidoramente por tu propia mano” le perdonará aún con dolor fingido, mirando morir aquel hermano. Y en Colombia, en Santa Marta, en San Pedro Alejandrino, en aquel “jardín que hoy es fosal del mundo” se produce el gran acontecimiento que recuerda a Bocayá, Pichincha, Tarqui y la eternidad. Porque en aquella Colombia dorada había concebido el libertador sus descabellados sueños para liberar tanto pueblo y ciudad como Bogotá, Junín, el Ecuador, subiendo el Magdalena, Ocaña, Cúcuta hasta Cartagena y Unión. Allí se despidió de nosotros el genio inmarcesible que deslumbrara nuestra inteligencia con la Confederación Americana que es ideal perenne en nuestros días.

Himno a la libertad designa Genta su canto triunfal recordando aquellas estrofas de Martí que acicatea al conjuro del “mundo entero” que te ha traído hasta “estas playas tirando de carro la victoria. Aquí

está como el sueño del poeta, grande como el espacio de la tierra al cielo! La nueva humanidad nos acerca al mundo eterno, a las cúspides de los volcanes apagados y a los cráteres rugientes en la magnificencia de la grandeza humana. Edgardo Ubaldo Genta rinde culto con acento bíblico a cuanto el tiempo fue dejando atrás por boca de los profetas y, en el árbol, la flor y la tierna hierbecilla, deposita tantas esperanzas como fatigas los dioses y los héroes pusieron de valor y sabiduría sobre esta tierra liberada.

La epopeya de América viene a inspirar el ideal colectivo de las actividades políticas y económicas, éticas, sociales y culturales que el nuevo orden del mundo americano pretende eternizar. Lo consigna el mensaje de E. U. Genta y su prologuista Carlos García Prada. El continente hállase en la conquista de su espíritu, en una afanosa preocupación que moviliza a legiones de sabios, poetas y profetas, irrumpiendo en manifestaciones de sabiduría como para perpetuarlas. Dejemos que el verso de los poetas como Genta se exprese rotundo, enlazando a hombres y pueblos, apóstoles y pensadores para labrar el campo de los siglos. Este canto de Genta tiene gran movilidad de ritmos y diversidad de melodías, poder y humildad de rapsodas y precursores. Todo es bello en el poema como en la naturaleza y humano, porque no tiene límites para el porvenir, para ese futuro que a todos encandila, que nos promete cuanto el ancho panorama de nuestra percepción va ambicionando.

El mensaje de este vecino uruguayo, ciudadano del mundo en afanes y en la sangre, viene a remozar un sentimiento adormecido. La arquitectura monumental de la *Epopeya de América* ocupa un lugar de privilegio en el conjunto de las grandes obras de este género. La devoción con que enfáticamente canta a la libertad y al progreso es una de las virtudes tan dignas de su estirpe oriental. Con el "barro de las Américas" se está construyendo el hombre nuevo, "el más lúcido de todos". Y con él "habrán de triunfar la bondad, el amor y el pensamiento. Ese triunfo ya se avecina, agrega García Prada, en la auténtica democracia de la libertad y dignidad humanas; la confederación de las naciones americanas como preuncio, ejemplo y estímulo de la futura Cosmópolis.

La epopeya de América quedará para el mundo como un beso de los siglos.

Campio Carpio

Surco, por FÉLIX MARTÍ IBÁÑEZ. Madrid, Aguilar, 1963. 500 p.

Es un volumen de quinientas páginas, en buena tipografía española que, por su título, dice bien poco. Pareciera producto de poética faena agrícola, trabajo de arado, mitad de la operación para la siembra, faltando no más que destripar los terrones, extirpar las malezas sueltas, arrojar la semilla y pasar la rastra, esperando el milagro de la fructificación. Sin embargo, puesto el volumen en la mesa de operaciones, al correr de su lectura iremos descubriendo un mundo pasado y otro que vamos construyendo, lentamente, con la paciencia de la naturaleza, partiendo de la nada, de ese falso e impreciso término que todavía sobrevive para empujarnos.

Este libro de Martí Ibáñez fue impreso por Aguilar, romántico editor si pueden encontrarse hoy, que se dejó arrastrar por el idealismo de

servir a la cultura, combinando dos emociones bien dispares como, en otro orden, lo está consiguiendo Martí Ibáñez. De románticos hablamos para entrar en el terreno de las reales ilusiones utópicas. Aguilar, como editor, es un producto de sazonado idealismo, tal como escritor lo fue Panait Istrati. En el período de la contienda ibérica, Martí Ibáñez desempeñó un papel significativo en el seno de las Juventudes libertarias. En este volumen renueva el diálogo con el mundo viviente de los seres humanos, en cuyo ámbito nos enfrenta con el milagro de la creación.

Arrastrado por los entusiasmos juveniles, este médico español ha interpretado la necesidad de orientar a los profesionales de la medicina, no totalmente al tecnicismo frío y desvinculado de las emociones. El mundo de la medicina no debe ser un sacrificio permanente para el estudio, para el científico, cirujano o clínico. Si la ciencia médica entra en el campo enciclopédico, fuerza es que se auxilie al profesional, liberándolo de la carga que importa tamaña responsabilidad de curar el cuerpo físico. Martí Ibáñez ha querido que el médico se identifique con el arte pictórico y literario en especial y la poesía, conciliando "arte y medicina, humanismo y tecnicismo, ciencia y conciencia, la visión realista del mundo médico con la visión romántica del poeta".

Para recalcar en este puerto, Martí Ibáñez ha realizado un viaje a través del mundo humano, del submundo del dolor físico y del inframundo histórico, integrado por "médicos, albañiles, pintores, campesinos, dependientes, banqueros, choferes y bailarines", cuya ocupación diaria es sumamente similar igual que el "resto de nuestras acciones de comer, amar, dormir y soñar". Extiéndese Martí Ibáñez en la enunciación de médicos, literatos, poetas y lectores perdidos en la geografía terrestre del humanismo que llena las páginas de la constelación intelectual. Y desde Esculapio a nosotros va enumerando situaciones, circunstancias, momentos del indecible dolor que embarga al hombre en su afán de saber y del herido y paciente prendido al débil hilo de la vida que el médico-hombre tiene en sus manos. En la enumeración, presenta Martí Ibáñez a figuras físicas y artísticas, donde dos hombres, médico y autor, se identifican con el dolor de sus pacientes y esfuerzan por restituirles a esa vida animal que, dentro de todo, es todavía digna de preservación.

Entra en el terreno de la conjetura filosófica, dialogando el médico literato con el clínico, con esas figuras universales del saber y del sentir que llenan nuestra historia, evadiéndose de las preocupaciones, o forzándose por liberarse de ellas. Esa turbamulta de elementos humanos que integran el plantel intelectual tiene cada uno un motivo de frustración, pero que el grito de la palabra lo sujeta a la responsabilidad profesional. En todas las naciones civilizadas impera la misma inquietud, desde el antiguo Egipto, pasando por Grecia, el Renacimiento hasta nosotros. Profesiones e industrias, de cualquier extremo del mundo, príncipes y vasallos, creadores anímicos de imperios, todos caen arrodillados implorando la vida que pugna por precipitarlos al osario común. El médico, maestro o bachiller debe aplicar la terapéutica de las posibles circunstancias.

Desde la simple extracción dental por parte de herreros y barberos, hasta las amputaciones que se "hacían con cauterio, bisturí y sierra", cuánto dolor está sepultado en la historia del padecimiento humano. Sin embargo, "en vez de usar instrumentos candentes para hacer amputaciones y evitar las hemorragias, Daza Chacón usó ligaduras, haciendo la cura final con una mezcla de clara de huevo, sangre de dragón, bol armení-

co y acibar. En las amputaciones de una mano a los ladrones, Daza Chacón estiraba la piel hacia arriba, ligando fuertemente el brazo; dibujaba la línea para el hachazo, cubría luego el tajo con la piel retraída y por él manualmente estirada, y cosía el muñón, metiéndolo en seguida en el vientre de una gallina viva para evitar la hemorragia. Las galeras y su drama fueron el reverso del dolor del anverso de gloria de la España de Don Quijote”, consigna Martí Ibáñez.

“Surco” es una reseña histórica de la evolución médica, desde los métodos anatómicos hasta la comprensión del mundo biológico que explicó muchos fenómenos para mitigar el dolor universal. Martí Ibáñez hace ese recorrido, no sólo en el ámbito de la medicina española, sino mundial, cuyos elementos fueron iguales de nación a nación. Ansioso el mundo de la medicina y la cirugía por identificarse con cualquier procedimiento que importara un avance en la curación del paciente, se trasladaba de un país a otro, cuando alguien se destacaba del standard común. Amberes, Aranjuez, París, Padua, han podido ser centros donde se enseñaba a curar. La edad media, con sus guerras hizo progresar la cirugía y traumatología. La humanidad no pudo desprenderse de ese aporte doloroso, del sufrimiento, prestando gratuitamente su cuerpo para los más lacerantes experimentos. Vista desde este ángulo, la sangre caliente y roja constituye el aporte más valioso de todos los tiempos para el progreso de las civilizaciones.

Martí Ibáñez enumera infinidad de maestros donde el “humanismo y la cultura adornaban la Medicina y le prestaban alas para volar alto por la ciencia descendía la profesión de los charlatanes, de la magia y la brujería, que sirvieron de mortaja a la ignorancia. Con ese tupido velo se cubrieron paraísos de dolor, hasta que nuevas generaciones echaron abajo castillos de rufianes asalariados, matones y espadachines, pirámides de supercherías, así en el arte de curar como de pensar. La Revolución Francesa todavía está trabajando en este capítulo de la historia; a ella le debemos cuanto sentimos y experimentamos de emociones universales que son comunes a nuestra especie.

Este libro de Martí Ibáñez extiéndese sobre el impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno. Y nos demuestra cómo el hombre del siglo comienza a elevarse sobre el horizonte intelectual por el tremendo valor de las teorías físicas que permiten encadenar el “paso de los astros a las ecuaciones elaboradas por un cerebro humano en la soledad de un laboratorio”. El contacto con las ondas de radio, infunde horror al vacío; mas, el progreso no puede detenerse y preciso es rellenar el organismo con tejido conjuntivo. “En la vida moderna, la ciencia adquiere el carácter de víscera suprema”. Hoy podemos comprenderlo, como que la “vida ha existido hace mil doscientos millones de años; el hombre ha existido desde hace un millón aproximadamente y ha usado su cerebro para crear progreso desde hace cincuenta mil años. Ha podido escribir sus pensamientos desde hace unos seis mil años y creado civilización desde unos cuatrocientos años. Pero solamente ha usado la ciencia como factor educativo de su vida desde unos trescientos años. Desde entonces, la misión de la ciencia ha sido hacer un inventario del universo para el ser humano, revelarle el sistema de posibilidades disponibles y el modo de utilizarlas para su propio mejoramiento. “Acaso ninguna otra ciencia como la física ha influido de modo tan profundo en el pensamiento humano”, afirma Martí Ibáñez.

Al sentido filosófico de la teoría de la relatividad agrega Martí Ibáñez la psicodinámica del arte moderno. Las interrelaciones del pensamiento científico y artístico, el perfil psichistórico del arte moderno y la dinámica del arte abstracto, preocupan al autor, consignando que la "imagen humana del universo varíe según las imágenes sensoriales y mentales que del universo se forma el hombre, gracias a sus lecturas y meditaciones. Durante miles de años el ser humano vivió con un esquema espacial en su mente. Cuando en estos últimos cincuenta años la física atómica destruyó los conceptos de ese universo, desintegrándolo en átomos, alteró su perfecta geometría". La destrucción de la imagen corporal del hombre como consecuencia de la nueva biología y psicología nos enfrentan a un nuevo progreso biológico.

"Hasta comienzos del siglo —agrega Martí Ibáñez— la anatomía era estática, solidificada, rígida, fija, y el ser humano estaba formado como un pequeño microcosmos de piezas tan sólidas y sometidas a leyes, pesos y medidas, como el macrocosmos en derredor suyo lo estaba a las leyes de la física. La nueva histología ultramicroscópica, desintegrando en elementos hasta hoy invisibles al ser humano, y las nuevas concepciones fisiológicas y dinámicas de la antes estática anatomía humana, dieron como resultado que la imagen corporal quedara también destrozada, desecha, transformada la ordenada concepción de antaño del organismo humano en una confusa imagen de elementos moleculares en perenne agitación y desconcierto".

El impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno y su reacción a la nueva ciencia son meditaciones profundas respecto del porvenir ante el temor de que el hombre pierda perennidad frente a sí mismo y al cosmos. En otro orden de ideas, extiéndese sobre el arte de Utrillo, el ermitaño en su jaula de oro; sobre Braque y Picasso en busca de su propio universo; sobre Modigliani, el artista que se "quemó como un cirio que arde y se consume en su llama para dar su luz".

Manteniendo el interés del lector en esas disquisiciones, Martí Ibáñez nos lleva por Florencia en aquel período tan plétórico de emociones que encuentra su epicentro en el año mil quinientos. Vamos en procura del maestro insigne que lo fuera Leonardo, por callejuelas, hosterías iluminadas por el genio explosivo que sepulta al medioevo. Pasamos entre los recuerdos de los Borgia, Savonarola, el Verrochio, Chirlandajo, Masaccio, a la luz de la luna. Martí Ibáñez no se cansa de hablarnos emotivamente, con calor del levante y colorín ibérico, que vamos sorbiendo entre la baranda de fuerzas motrices e ideas esquemáticas. Toda aquella omniscencia imaginativa que traspone las compuertas del pasado y corre como torrente fluvial por el alma del médico y del artista cobra aquí majestad en el detalle de la técnica y de las formas que habrían de concretarse en el gigante Miguel Angel.

Entrar por esa puerta del conocimiento histórico e identificarse con el ambiente de colores en profusión y de figuras representativas de la anatomía humana, trasluciendo la perfección de la naturaleza, equivale a dejarse arrastrar por la mística de la palabra, por el valor y tintines de las viejas monedas de oro y la poesía de aquellas antiguas ciudades libres que en su traginar fenecían frente a un vaso de vino, al hechizo de la brujería y contradiciendo las ideas de Galeno. Por ahí va predicando Martí Ibáñez envuelto en su capa española, apresurado, por aquel mundo de chismorreos y con una idea justa en su cerebro buscando el tiem-

po que desde entonces habría de correr más veloz que la bala de cañón, que la luz, que el sonido y el gemido.

Martí Ibáñez, pese a su naturalización e identificación con las ideas del siglo XX no ha podido desprenderse del ancestro castellano ni de las tonalidades y transparencias mediterráneas. Discutiendo los pensamientos de la era espacial y los fenómenos psíquicos provocados por el avance del progreso tecnológico, no ha logrado un beso de la mujer norteamericana, que admira en sus colorinches, en su atuendo por agradar, en su cultura envasada y en ese vivir del vacío. No ha resistido las flaquezas de las Amazonas con pantalones ajustados, de busto exuberante, fumando tabaco perfumado y preocupadas por administrarse en hora justa el arsenal de barbitúrico que a su disposición ponen los hombres. Nada de extraña, a mi ver, que se rebele contra el varón, esa bolsa de huesos con figura humana que la prostituye mentalmente y convierte en maniquí. Esa mujer moderna es un producto de la civilización del hombre, castrado por los preconceptos del siglo, bestializado por el materialismo de llegar cuanto antes a un lugar que no encuentra, hacer fortuna en un golpe de azar, de contrabando, de asalto, hinchándose como un globo de hidrógeno cuando, por cualquiera de estos procedimientos comerciales adultescos, alcanza lo que denomina victoria. Ese hombre es el que adula, lastima y despedaza a la mujer, vistiéndola con atavíos prostibularios, envueneándola con las drogas de la cultura arrabalera, endiosándola como espantajo. Martí Ibáñez, en este ensayo médicoliterario nos identifica con una de las manifestaciones más desagradables de nuestra decadencia. El narcisismo de la mujer señala el desbordamiento de la civilización, que el hombre descienda a la caverna en determinados períodos históricos —como se ha comprobado en el caso de los campos de concentración—, a palos se le ha enderezado y hasta parece que la lección le queda bien. Pero cuando ese animal obliga a la mujer a descender al fango, es que ya muy poco queda por salvar del desastre.

La contribución a la anatomía de los artistas del Renacimiento italiano importa en determinado momento una industria de voluntades que quieren saber. Son tantos, que la medicina observa con ojos del alma, ansiosa como está por adquirir el dominio pleno de la arquitectura humana. Es admirable esa faena, en que tantos rivalizaron, para lograr la belleza anatómica a través del dibujo. Hoy todo eso nos parece muy simple. El médico conoce uno a uno los músculos y tendones y sabe cómo alimentarlos. Camina por las circunvoluciones del cerebro con el conocimiento de las calles de su ciudad y rara vez se pierde. El drama de la vida en aquel entonces era distinto. Los investigadores constituyeron contingentes, pero lograron en cuatrocientos años, ilustrar, con luces transparentes, el sueño que mitigaría el dolor. Porque de aquel conocimiento se encontraron grandes soluciones al problema eterno.

Urdimbre y creación de un ensueño fueron símbolo de MD, revista que Martí Ibáñez edita en New York. Los motivos radicaban en conciliar la medicina con la sociedad y la humanidad, a través de una publicación regular de cultura médica y medicina cultural. La iniciativa provenía de lejos, de los tiempos de estudiante valenciano, encontrado entre las "todopoderosas herramientas milenarias de la comunicación humana: la palabra y la imagen". Partiendo del tema vida, ambiente, situación, trabajo e ideas, la revista mencionada logró domar tigres, leones y jaguares, imponiéndose por la magia de las palabras que representan el saber.

"Sureo" es un manantial de conocimientos encontrados que van formando un río y sobre cuyo relato navega este iberonauta, ya internándose en la selva de la ficción, ya retornando a la realidad donde el dolor se hizo carne y grita. Autores y libros aparecen frente a su monumento y tribunal, con algo de historia y tanta bondad, términos que nos recuerdan las tremendas inquietudes que asaltaron a los abuelos de la medicina como Esculapio, Hipócrates, Galeno, Vesalio, Paracelso, Harvey, Serret y tantos que siguieron aquella religión. Los recursos del médico hoy son distintos y múltiples. Un estudiante de primer año sabe más de medicina que aquéllos en su vida. El mundo es más ancho y el campo del conocimiento infinito. La anatomía, la biología, la endocrinología y la medicina han evolucionado hasta más allá de las constelaciones visibles al ojo humano, porque ya estamos preocupados en no cometer el error de infectar el vacío con gérmenes terrestres. Pero hay, no obstante, la palabra del hombre, el aliento humano, la confianza que inspira, procedimientos anticuados que perviven desde la antigüedad en viaje al futuro.

Martí Ibáñez detiénese en la gran olvidada biografía de una idea y discurre a su modo por los caminos espinosos desde las religiones hindúes hasta los médicos alejandrinos. La morfología y la endocrinología clínica lo llevan a la experimentación de laboratorio donde se pierde entre glándulas y su metabolismo. Hormonas y fibras nerviosas alternan con el milagro terapéutico de la cortisona y la gama de antibióticos que dominan la medicina contemporánea. "Yo no soy de los pesimistas que dicen que hoy en medicina se habla y se escribe demasiado. Al contrario, creo que se debe hablar y escribir aún más, pero que se debe intentar hacerlo cada vez mejor, sólo cuando se tiene algo que decir y cuando ese algo puede estimular, informar, descubrir o confirmar alguna cosa que sirva a los demás".

La corta vida del documento médico, agrega Martí Ibáñez, hace meditar. Una obra de arte es inmortal. "Los mármoles de Fidias, los lienzos del Greco, el Taj Majal, los granitos del Escorial y las copas labradas de Benvenuto Cellini continuarán llenando de luz el alma de los hombres", pero un documento médico "tiene una vida muy corta". Exceptuando los textos galénicos, la sagrada trilogía que presidió durante quince siglos el saber médico mundial y algunas obras de positivo valor que iluminaron el siglo pasado, "aparte de su valor histórico, todos ellos son documentos que no han resistido el paso del tiempo y el avance del progreso médico".

Es preciso mejorar el arte de la comunicación mediante símbolos y metáforas, "para lograr un denominador común en la medicina que facilite su progreso al hacer que nos entendamos mejor los médicos e investigadores de todo el mundo. La mayor invención humana ha sido la de los símbolos, sonidos o signos escritos que representan cosas o ideas. Desde que nace, el hombre se ve enfrentado con situaciones nuevas y problemas diferentes. Para resolverlos y hacer la necesaria decisión, el hombre usa esos símbolos como medio de evocar los problemas pasados, representar los presentes y anticipar los futuros. Pero los símbolos no son siempre exactos ni ciertos. Cada ser humano tiene una visión interior del mundo externo. La misión de la ciencia debe ser restaurar el verdadero valor y sentido de los símbolos", teniendo en cuenta que la "metáfora ha sido el ala de la ciencia".

El médico viajero, en butaca como Julio Verne o caminantes sedentarios y errabundos como Marco en busca de Kublai Khan, levanta el

arado, interrumpiendo el surco abierto por Martí Ibáñez. El "cuerpo que está ahora en New York y menos de veinte horas más tarde en París, Brasil, Hawái, El Cairo, Nairobi o Groenlandia, llega a su destino mucho antes que su mente, que tarda días en adaptarse a la nueva situación, lo que suscita nuevos problemas psicomáticos". Pero hoy día no sólo viaja el hombre sino también las epidemias, pero también la verdad sigue los caminos "de la ciencia, la belleza o la mística". Ciertamente el "poder se alcanza por las sendas del dinero, de la política y de la guerra". Pero con un espíritu singular como Félix Martí Ibáñez, aun a través de los desiertos, siempre resulta grato acompañar a viajeros que se encaminan al futuro.

Campio Carpio

Idearium español, por ANGEL GANIVET. Madrid, Aguilar, 1964.
141 p.

Si una nueva edición del *Imperium español* de Ganivet siempre es bienvenida, doblemente ésta, tan pulcramente presentada por Aguilar en su hermosa colección de *Ensayistas hispánicos*. Y no sólo por su dignidad y belleza, sino, sobre todo, por su oportunidad.

Pues, en efecto, en esta hora en que, nuevamente y tras un largo marasmo, más denso aún y más negro que aquel en que se debatían Ganivet y su generación, vuelve a rebullir *in interiore Hispaniae* —por decirlo con sus bellas y sugirientes palabras, imitadas de San Agustín— nuestro espíritu nacional, nada hay más sensato que repasar y volver a meditar este examen introspectivo y este balance crítico de la idiosincrasia, las creaciones y las posibilidades españolas que es el *Idearium*.

Un azar feliz, que interpretamos como un presagio fecundo, ha hecho que la llegada de esta edición al comentarista haya coincidido con algunas relecturas de las meditaciones y las palabras que, en medio de los turbulentos sucesos de 1.936 a 1.939, tuvo un espíritu sutil y delicadísimo que encarnaba entonces, más que uno cualquiera de los bandos en pugna, más que la legitimidad o la ilegitimidad, más que categorías accidentales y transitorias, algo más esencial y perenne, hecho de substancia moral y de cultura, como la Patria, y a quien, por tanto, con dolerle mucho en aquellas terribles circunstancias las injusticias y los muertos, laceraban más aún la disolución presente de la nación y la inutilidad de tantos sacrificios para el futuro.

Más unido con los del 98 de lo que acaso él mismo creyera, aquel hombre-símbolo o, quizá mejor, hombre-conciencia (de un período cabal de la Historia de España o, tal vez más exactamente, de España en un período no por fugaz menos colosalmente moral de su Historia) se preocupa y se retuerce ante el espectáculo de la secesión, la intolerancia, el odio y la destrucción moral. Fue clarividente al pensar que tales factores habían de proyectar su tarea negativa más allá —mucho más allá, por desgracia— de los límites cronológicos de la contienda. La antorcha está hoy por pasar "a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones", cual dijera con insuperable elegancia. Hay, por ello, que procurar que, en esta coyuntura que por mucho tiempo ha de ser decisiva para España, no vuelva a hervir la sangre ni a enfurecerse el temperamento de sus hi-

jos. Más bien, la continuidad, con lo mejor de España (y nada mejor que lo que se ha inmolado por ella), ha de establecerse a la altura de la noble eficacia, de los valores permanentes y de las cuestiones substantivas, de la integridad moral, con todas y para todos sus dolorosas exigencias.

Y ahí está el engarece con la prédica y el análisis de Ganivet. Después del lógico cansancio nacional y de la abulia que él diagnosticó, estremada hasta lo infinito estos años, hay que ponerse de nuevo a hacer España. Ya se perciben los primeros síntomas. Hay que asegurar el pan material para todos los españoles, mas como sustento para lograr nuestro pan espiritual, del que, lo mismo hoy que en 1.896, tan necesitada está nuestra lengua familia de naciones y que también puede ser útil para este mundo desorientado. Pero, por la complejidad e inextricabilidad de lo humano, ni pan material conseguiremos si no elaboramos, al mismo tiempo, en un ambiente de convivencia —que no puede ser olvido ni deslealtad ni injusticia—, el pan espiritual.

Prescindiendo de algunas particularidades histórico-políticas de aquella hora y quizá de alguna influencia filosófica que latía en su mente, el librito de Ganivet conserva plena validez en la actualidad, hasta en cuestiones secundarias y detalles mínimos; ésto, sin contar doctrinas allí expuestas, de otro orden, pero de carácter permanente y de una amplitud mayor, discutibles, mas de indubitable trascendencia. Así, no cabe duda de que, aunque no emplee la palabra, Ganivet es uno de los auténticos creadores de la Geopolítica.

Hay que lamentar las erratas que deslucen un tanto la edición.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

La naturaleza de la cosa como forma jurídica del pensamiento,
por GUSTAV RADBRUCH. Córdoba, Universidad Nacional,
1963. 137 p.

En el mes de Febrero de 1.962 escribimos la recensión de los dos títulos anteriores, el último de los cuales acababa entonces de aparecer, de la *Biblioteca de Filosofía del Derecho y Sociología*, y quedamos a la espera del que motiva las presentes líneas (cfr. esta misma revista "*Universidad*", *Publicación de la Universidad Nacional del Litoral*, N° 53, Julio-Setiembre 1.962, págs. 321-5, en la Sección de Bibliografía).

En este tiempo, ha aparecido, a finales de dicho año, la segunda edición del volumen primero de la serie, *¿Qué es la justicia?*, de Kelsen; buena prueba del interés que despiertan los trabajos incluidos en la misma.

Y, al fin, "el día 25 de Setiembre de 1.963", según reza el colofón, sale de las prensas el interesantísimo trabajo de Radbruch, ya conocido en su texto alemán y en su versión italiana, traducido ahora al castellano, como cuantos integran esta colección, por el Profesor Adscripto del Instituto de Filosofía del Derecho de la Universidad Nacional de Córdoba Ernesto Garzón Valdés, quien le ha antepuesto una extensa y muy jugosa *Introducción*, referente a los caminos que han llevado a la Filosofía jurídica a las doctrinas de *la naturaleza de la cosa*, y le ha añadido unos someros datos biográficos del autor y una muy completa y útil relación de sus obras.

A diferencia de la dirección representada por Welzel y Stratenwerth, que entiende la naturaleza de la cosa como las *estructuras lógico-objetivas* que dominan todo el Derecho positivo, la línea de pensamiento que encabeza Radbruch considera tal naturaleza, en un sentido muy amplio y vario, como el substrato, el material, la substancia a que el Derecho tiene que dar forma y que, como tal, es independiente de él y se le impone, comprensiva de los fundamentos naturales de la relación jurídica, las formas previas de las relaciones jurídicas y las propias relaciones vitales jurídicamente reguladas ya, que también pueden ser substancia jurídica para ulteriores reglamentaciones e imponérselas.

Esta naturaleza de las cosas es una idea rectora para el legislador y garantía de su eficacia, y la *ultima ratio* de interpretación y de integración de la ley para quien haya de aplicarla. Con antecedentes muy antiguos, que Radbruch rastrea, y siendo hasta opuesta a todo iusnaturalismo, según subraya, constituye, "sin duda, una dirección doctrinal del objetivismo jurídico", como señala Fernández-Galiano, vinculando y sometiendo el Derecho positivo a realidades objetivas, extrañas e independientes de él.

Al comentar en estas mismas páginas el libro de Welzel *Más allá del derecho natural y del positivismo jurídico* (loc. cit.) y, sobre todo, la *Introducción a la filosofía del derecho* de Fernández-Galiano (cfr. N° 56, Abril-Junio 1.963, págs. 357-60), ya tuvimos ocasión de referirnos a esta moderna doctrina. Y últimamente hemos destacado, también en esta revista (cfr. número precedente, el 59, Enero-Marzo 1.964, págs. 427-8), su trascendencia, a través de Welzel, para el finalismo penal contemporáneo.

No hay que ponderar, pues, la importancia de la misma y de esta obra para el actual pensamiento jurídico. Pero sí que agradecer su publicación al fino espíritu de Santiago Montserrat, que, además de ser sabio profesor y un escritor brillante, rige con sumo acierto la Dirección General de Publicaciones (observamos que ya no se denomina "de *Publicidad*", como antes y como amablemente criticamos a los colegas cordobeses al comentar los precedentes volúmenes de esta misma colección) de la tradicional y prestigiosa Universidad mediterránea.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

Las relecciones De indüs y De iure belli, por Fray FRANCISCO DE VITORIA, O. P. Washington, D. C., Unión Panamericana, MCMLXIII. 318 p.

Con motivo y en recuerdo de la inauguración del busto de Vitoria, esculpido por Victorio Macho y donado por la Universidad de Salamanca a la Unión Panamericana, esta entidad ha publicado, en un volumen espléndido, las dos Relecciones más famosas del P. Vitoria, reproduciendo en facsímile el texto latino de la edición de Colonia-Francfort en 1.696 y añadiéndole la acreditada traducción castellana del P. Getino. El libro se abre con una fotografía del hermoso busto de Macho y una Nota preliminar muy interesante y bien escrita por Javier Malagón Barceló sobre la vida y la obra de Vitoria.

Viene éste siempre apellidado, en la cubierta, en la portada, etc., "fundador del Derecho Internacional". Siendo indudablemente así, como penalistas plácenos recordar que Vitoria, a más de ser asimismo "padre de la Escuela renacentista del Derecho Natural", merece también, y principalmente por estas Relecciones, "puesto de honor entre los precursores del Derecho penal científico, humanitario y liberal", como con su doble autoridad de iusfilósofo y penalista, y todo ello en grado eminente, ha escrito nuestro sabio compatriota, correligionario y amigo Blasco y Fernández de Moreda en la página postrera del último de los dos interesantísimos trabajos que ha dedicado a estudiar el pensamiento penal del glorioso dominico (cfr. la revista "*Criminalia*", de México, Año XII, N° 6, Junio de 1.946, págs. 238-72 y la *Revista Jurídica Argentina "La Ley"*, tomo 74, Abril-Junio 1.954, págs. 848-65).

De sus al parecer quince Relecciones, varias dedica Vitoria a temas jurídicos y a uno jurídico-penal especial una *De homicidio*; pero estas mismas, capitales para el Internacional, son importantísimas para el Derecho criminal, ocupándose de gran parte de los temas fundamentales de lo que hoy denominamos Parte general de nuestra disciplina, cual revelan los luminosos y densísimos estudios de Blasco (*). Nosotros mismos, en uno que acaba de salir de nuestra pluma estos días para el homenaje que se tributará el próximo año de 1.965 al P. Pereda (*Del fundamento a la defensa en la legítima defensa*), nos referimos a él, basándonos en los definitivos trabajos de Blasco.

Como españoles y con origen nuestro linaje en la misma tierra de que Vitoria era oriundo, no hay que ponderar la emoción con que recibimos este noble y valioso homenaje a su memoria; y como republicano, el orgullo con que advierto la presencia y la obra de otros exiliados hispanos —Malagón, Quero Molares— en la preparación de esta bellísima edición, ornada con preciosas viñetas.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

Orden penal y nueva sociedad. Madrid, Ediciones del Movimiento (Colección "Nuevo Horizonte", Serie Editorial), 1963. 116 p.

Se ve que el Director General de Información del gobierno franquista debe de contar entre sus funciones principales la de difundir las publicaciones oficiales u oficiosas de su régimen atañentes, con significativa monotonía, a cuestiones de su política penal, pues apenas mandamos

(*) Por cierto, que se da una curiosa y significativa coincidencia entre este precursor y el *Sumo Maestro* del Derecho penal en el siglo pasado, en cuanto a su común vocación universitaria y su dignidad de maestros, en la forma como ambos acudieron a dar sus clases hasta el extremo de sus fuerzas y la reverencia que por ellos sintieron sus respectivos alumnos y discípulos, no obstante fallecer Vitoria a edad mucho más temprana que Carrara.

a la imprenta nuestro comentario sobre *Delitos, penas y prisiones en España* (cfr. el número anterior de esta misma revista "*Universidad*", *Publicación de la Universidad Nacional del Litoral*, el 59, Enero-Marzo 1.964, págs. 422-4) llega hasta nuestra cátedra, distribuida asimismo por él, la que ahora nos ocupa. (*)

La tesis que bajo el ambicioso título de *Orden penal y nueva sociedad* sustenta su anónimo autor, viene a ser la siguiente: El panorama político-social en que nació el Código penal español de 1.848, de que, con la salvedad del de 1.928, proceden los posteriores hasta el actual, panorama individualista y liberal, "ha hecho agua por todas las bandas". Las innovaciones introducidas en nuestro cuerpo legal punitivo a través de sus sucesivas modificaciones son insuficientes, y hace falta, por tanto, darse otro en consonancia con la nueva sociedad, camino que ya iniciaron las revoluciones soviética, fascista y nacionalsocialista, "trocando el viejo espíritu individualista por un estilo socializador", "llevando al primer plano legislativo bienes e intereses de carácter público" y sorprendiendo "la conducta delictiva a cualquier precio, mediante la aplicación de la analogía", etc. Así, "se elevan al primer plano los valores de interés comunitario"; "el hombre se siente pieza del grupo social en que vive", y el delito "es la infracción de un deber", "una deslealtad al grupo". Hay, en esta exposición, demasiados elementos políticos y penales de nítido corte totalitario y, concretamente, nacionalsocialista, para que sea necesario advertirlo ni, menos, someterlo aquí a una nueva crítica. Puntalicemos que, sin embargo y no quizá sin una cierta inconsecuencia, parece adherirse a la denominada Nueva Defensa Social (¡qué compañía, Mr. Ancel!), respetuosa, como se sabe, de las garantías individuales, cual medio de realizar el orden penal que exige la nueva sociedad.

Lo curioso y revelador son las lamentaciones del autor por que está aún sin formar, según cree, "la conciencia jurídica penal de los ciudadanos de acuerdo con la nueva escala de valores". ¡Si no lo han logrado en veinticinco años...!

Es claro, partiendo de estas premisas, que para él adquieran sin igual importancia los delitos fiscales, los económicos y, en particular, los sociales y los políticos. La tónica de benignidad para éstos, no sólo se detiene ante "la implantación de los regímenes autoritarios", sino que decae también en los grandes procesos internacionales posteriores a la última guerra, "por hechos que tienen un puro y marcado carácter político", y en la represión de las actividades colaboracionistas, "auténticas infracciones políticas". Cree que "hay que empezar por reducir el concepto de delito político" y castigar "con rigor" los sociales, recomendando la pena de muerte como "útil medida terapéutica", las sentencias indeterminadas, las medidas de seguridad y, en fin, "el rigor sin atenuaciones". El hombre de la calle, sin distinguir de ideologías, las gentes de orden y los ciudadanos pacíficos (poniendo de ejemplo a Argelia y la O. A. S.) han empezado "el verdadero tratamiento a seguir en estos casos"; y "el político occidental, pese a su carga de democráticos prejuicios, está comprendiendo también los medios a emplear".

El desarrollo de esta tesis se rellena con algunos capítulos no demasiado congruentes ni pertinentes. Mas, de todos modos, sería de agr-

(*) Nuestra citada recensión de *Delitos, penas y prisiones en España* ha sido publicada también en la revista "*España Republicana*", de Buenos Aires, Año XLV, N° 1.238, Junio de 1.964, pág. 10.

decer una mayor fidelidad en la cita de sus propios textos legales (pág. 27) y que, cuando se sirvan de ideas o de expresiones ajenas, tengan la honestidad de indicarlo, aunque se trate de autores exiliados (así, págs. 10 y 50). Es interesante ver que, cuando les conviene, citan a Dorado como propio, a pesar de no recordársele en las cátedras, etc. ni haber celebrado su centenario, que, bien diferentemente, los españoles del desierto no hemos dejado pasar desapercibido.

En un *Apéndice* nos regala con el texto de la Ley de 1.963 sobre creación del Juzgado y Tribunal de Orden Público y los discursos pronunciados con tal motivo y algunos comentarios periodísticos sobre ella. Por no alargar estas líneas, consignemos solamente cómo nos congratula aprender que, entre otras ideologías, la masonería es específicamente antisocial, que está declarada fuera de la ley en gran parte del mundo libre y que es una fuerza oculta que está instigando la subversión en el mundo entero, por lo cual oponerse a ella “no es para nosotros —se dice— una pura medida de defensa, sino la consecuencia que surge por sí sola, de la existencia de unos principios positivos en los que creemos y sobre los cuales debe asentarse la paz y la fraternidad entre los pueblos”. No es mucho, pues, que haya que mantener “la específica consideración delictiva para unos hechos que no pueden tener otra respuesta en ningún país civilizado”. Suponemos que el mundo civilizado tomará nota y recordamos que ya hace muchos lustros e incluso antes de que existiera la actual Ley de represión de la Masonería y el Comunismo mi padre fue condenado en Consejo de Guerra por auxilio a la rebelión acusado, entre otras acusaciones de igual jaez, de ser masón. ¡Terrible cosa! Es un consuelo enterarse ahora de “que en España nadie es condenado —lo dice el Ministro de Justicia— por su ideología política”, siempre —claro es— que no la manifieste y esté en discordancia con la única autorizada, la imperante; que el asesinato de Kennedy fue obra del comunismo, y que en España se han restablecido “los fundamentos religiosos” de la comunidad.

Aunque para cuantos conocemos la realidad política y el entramado que más o menos impropriamente podríamos llamar constitucional del régimen francofalangista no es preciso, nunca está de más ver al opusdeista Director General de Información patrocinando y distribuyendo una publicación del más neto cuño falangista como ésta, dada a luz precisamente por la Editorial de la Falange.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

Objetivación y finalismo en los accidentes de tráfico, por ANTONIO BERRISTÁIN, S. J. Madrid, Instituto Editorial Reus, 1963. 64 p.

Es indudable que entre las nuevas promociones de penalistas españoles hay que destacar señaladamente la figura del padre Antonio Berristáin Ipiña. Precisamente, en la última entrega de la *Revue de Science criminelle et de Droit pénal comparé* (1.964, N° 1, Janvier-Mars) le vemos mencionado dos veces: una, por Marc Ancel, en la crónica sobre la

Defensa Social (pág. 197, nota 3), y la otra, entre las Notas bibliográficas, en la muy merecidamente elogiosa recensión que hace J. Fabre de Morlhon de su notable trabajo *Fines de la pena (Importancia, dificultad y actualidad del tema)* (pág. 260).

Formado con el eminente P. Pereda y complementada su especialización en Alemania, hoy comparte con aquél la enseñanza del Derecho penal en la Universidad de Deusto (Bilbao). Y como universitario de pro, acompaña la actividad docente con la investigación científica y la publicación de muy sazonados y siempre interesantes estudios, uno de los cuales, *La misión actual del penalista*, acerca del célebre "proceso de Lieja", hemos citado y comentado principalmente, entre el resto de la rápida bibliografía atañente al tema, en las diversas conferencias que el pasado año 1.963 hubimos de pronunciar sobre tan apasionante proceso (Concordia (Entre Ríos), 29 de Junio; Santa Fe, 10 de Agosto, y Rosario, 21 de Septiembre; la primera de ellas, con asistencia, entre otras personalidades, del señor Obispo de aquella diócesis), aunque no siempre nuestras opiniones fueran coincidentes al respecto.

Se advierte en su producción una preocupación dominante por los problemas más actuales y candentes de nuestra ciencia, que aborda con excelente información y ante los cuales adopta posiciones muy razonadas y decididas, así como —subrayémoslo— *humanas y flexibles*.

Buena prueba de esa preocupación son sus trabajos sobre la Nueva Defensa Social y, sobre todo, este que examinamos, que fue la ponencia que presentó a las Jornadas de Derecho penal celebradas en la Universidad de Valladolid el curso 1.962-3 bajo la dirección del Prof. Rodríguez Devesa. Publicado en la madrileña *Revista General de Jurisprudencia y Legislación*, de Diciembre de 1.962, forma luego, en edición separada, un pequeño y muy interesante volumen.

Lo primero que nos descubre es el arraigo que va ganando en nuestra patria la doctrina jurídico-penal de la acción finalista (cfr., en la colección de esta revista, el número precedente, 59, pág. 428). Si, según es sabido, el propio Welzel manifiesta expresamente que parte de puntos de vista aristotélicos y recuerda la importancia a este respecto del pensamiento de Santo Tomás en la Edad Media, se comprende la profesión de fe filosófica —si así puede hablarse— que en la página 21 de esta monografía hace el P. Beristáin y que ella le lleve, en el terreno juspenalístico, al finalismo, a cuya luz estudia la responsabilidad criminal derivada de los accidentes de tráfico.

Esto le da ocasión para hacer una bella exposición de la teoría finalista, deteniéndose, sobre todo, por la índole de dichos accidentes, en una de las facetas más difíciles y discutidas de tal teoría, la de la culpabilidad culposa, lo que constituye, también, uno de los aspectos más brillantes de su trabajo.

Muy lógicamente reivindica la responsabilidad subjetiva también en este dominio del Derecho penal y se opone a las pretensiones objetivistas, así como a segregarlo de aquella rama substantiva del ordenamiento jurídico para crear otra nueva e independiente.

Muy lejos, por nuestra parte, del finalismo, no es de hoy, en otro sentido, nuestra oposición a los intentos modernos de seccionar las tradicionales y bien perfiladas ramas del Derecho; entre ellas, principalmente, nuestro Derecho punitivo. Y, como penalistas, nada más que plácemes puede merecernos su defensa del subjetivismo y el realce de la culpabilidad en toda infracción.

Como en todas las suyas, campea en las páginas que nos ocupan una solidísima información y un impecable discurrir.

Profundo gozo nos ha producido su lectura. Pues por encima —o por debajo— de ocasionales convergencias o disidencias en algunos puntos determinados de nuestra vasta disciplina, está la satisfacción de comprobar la existencia de un empeño común, en el que saludamos a una mente privilegiada, con quien sabemos que, a despecho de todas las distancias, nos unen, también, coincidencias más hondas como hombres y como españoles.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

Criminalidad argentina, por JOSÉ LEÓN PAGANO (h.). Buenos Aires, Depalma, 1964. XV + 326 p.

Es posible que cuando la casa Depalma —de acreditada seriedad en el panorama científico nacional— encaró la publicación del trabajo que nos ocupa, lo hizo con miras a la exportación. De otro modo no se justifica una reunión de anécdotas y descripciones que los argentinos venimos sabiendo y leyendo desde las “Iniciaciones” literarias e históricas de la escuela primaria, que, por otra parte, fueron mucho mejor contadas, las unas, por el jesuita Gambón en su “Historia Argentina”, que vendía Ramón Morales en Santa Fe, allá por principios de siglo, y mucho mejor confeccionadas, las otras —aún técnicamente, porque conocía la materia—, por Fray Mocho en su “Mundo Lunfardo”.

Al parecer, Pagano quiso hacer un libro, aunque para ello haya debido acudir a las informaciones de segunda mano —no se da cuenta de ninguna investigación personal—, con citas que van desde el “Martín Fierro” a Mommsen, a pretendidos estudios de la ley penal y aún de problemas constitucionales, aunque en el prólogo exprese haberlos dejado de lado, a señalamientos de jurisprudencia, etc., todo lo cual revela que el autor: 1º) no distingue con claridad lo que es la Sociología del delito ni la Criminología; 2º) no conoce la técnica de la investigación naturalística de la ocurrencia delictiva, y 3º) no parece conocer tampoco la materia que trata, sino sólo a través de informaciones de terceros (esto último lo puede afirmar cualquier miembro de nuestra Policía Rural que lea los párrafos destinados al hurto de ganado).

Es hora de que se comprenda que la investigación criminológica es algo serio, no para ser tratada en libros “accesibles”, de “fácil lectura”, según los calificativos que le aplicó la crítica capitalina al que hoy examinamos.

Carlos Creus

Ataque y defensa del laicismo en la Argentina (1884-1963), por JOSÉ S. CAMPOBASSI. Buenos Aires, Ediciones Gure (Colección Platania), 1964. 141 p.

En un libro anterior, *Laicismo y catolicismo en la educación pública argentina*, el profesor Campobassi nos introdujo en las enconadas luchas

ideológicas que se desarrollaron antes y después de la sanción de la ley 1420. La obra que ahora nos ofrece viene a complementar aquel estudio exponiendo circunstanciadamente la situación de ataque y de defensa en que se debatió el laicismo escolar en nuestro país desde 1884 hasta la actualidad.

El espíritu del laicismo triunfó en el primer momento gracias a la firmeza de las autoridades nacionales que no vacilaron en proceder con toda energía para reprimir los alzamientos provocados por el sectarismo. Los gobernantes que se sucedieron hasta las tres primeras décadas de nuestro siglo respetaron la ley y la hicieron cumplir. No faltaban, por cierto, algunas voces enconadas que intentaban denigrar la gran conquista de nuestra escuela pública. Pero fue recién desde el movimiento del 6 de septiembre de 1930 cuando comienza la labor de las fuerzas oscuras inspiradas en las ideologías totalitarias europeas. Esas fuerzas retrógradas eligieron como blanco de sus ataques a Domingo Faustino Sarmiento, reconociendo por eso mismo su indiscutible condición de padre de la escuela pública argentina. La ley 1420 fue el otro motivo de sus iras. El cincuentenario de la ley, en 1934, y el de la muerte de Sarmiento, en 1938, se conmemoraron en un clima de ataque y defensa del laicismo escolar.

Voces autorizadas se escucharon en todo el país en defensa de los principios legales. El profesor José Rezzano, vocal del Consejo Nacional de Educación, al hablar en 1934 en el acto oficial de homenaje a la ley 1420, realizado en el teatro Colón, reafirmó los principios legales en lo referente a la enseñanza religiosa y evocó la figura de Mamerto Esquíú que había proclamado la necesidad de obedecer y cumplir los preceptos constitucionales como condición para mantener la unidad y la conciliación nacionales. El diputado Américo Ghioldi, en 1937, en su interpección al Ministro de Instrucción Pública Jorge de la Torre, nacionalista y clerical, enjuició la política educativa del oficialismo en una documentada exposición en donde puso de relieve los beneficios del laicismo escolar. Marcelo T. de Alvear, en su calidad de presidente del radicalismo, ante la arremetida reaccionaria para dominar el campo de la educación dijo, entre otras cosas, que plantear de nuevo el problema de la enseñanza laica era retrotraer al país a la época preconstitucional y crear un obstáculo voluntario al libre y eficaz desenvolvimiento de la nacionalidad. Durante la presidencia de Ortiz y el ministerio de Jorge E. Coll se veló por la vigencia de la ley. En 1939 fue sometido a consideración del Congreso un proyecto de ley orgánica de la educación pública que extendía a todo el país el principio de neutralidad escolar en materia religiosa. Lamentablemente la enfermedad de Ortiz primero y luego su fallecimiento malograron las iniciativas progresistas del gobierno.

La reacción clerical, de corte netamente nacionalista, un nacionalismo inspirado en Hitler y Mussolini, se fue haciendo cada vez más visible bajo la presidencia de Castillo y culminó con el movimiento revolucionario del 4 de junio de 1943. Es suficiente recordar que actuaron en el primer plano de la política educacional Gustavo Martínez Zuviría, Alberto Baldrich, Giordano Bruno Genta, José Ignacio Olmedo, Juan R. Sepich. No sólo se implantó la enseñanza religiosa obligatoria, sino que se utilizaron textos que ofendían gravemente nuestra tradición liberal y democrática y calumniaban a los mejores hombres de nuestra historia. Perón continuó favoreciendo esas actitudes retrógradas y terminó por conceder, en 1947, la sanción legal que consolidaba el restablecimiento de

la enseñanza religiosa. Era el primer paso para destruir la ley 1420. La "ruptura entre el trono y el altar", según expresión de Campobassi, en 1954, impidió que se consumara esa destrucción.

En 1955 volvimos al laicismo escolar. Pero la ofensiva clerical no ha disminuido. Se pretendió que la ley de enseñanza privada iba a calmar los ánimos. Pero no ha sido así. En vísperas del 80º aniversario de la sanción de la ley 1420 el panorama no se presenta nada claro. "Vivimos en la Argentina en un eclipse del laicismo escolar", nos dice Campobassi. Las páginas de su libro son elocuentemente demostrativas y nos señalan la imperiosa necesidad de defender las instituciones que son amparo de nuestro régimen democrático.

Marta Elena Samatan

Criaturas de la guerra, por EDGARDO A. PESANTE. Santa Fe, Castellví S. A., 1964. 106 p.

El autor reúne en este volumen, esmeradamente presentado por Editorial Castellví, diez cuentos dados a conocer anteriormente en diarios y revistas diversos. Son relatos que si bien se desarrollan en un momento del pasado santafesino, cuando la ocupación de la ciudad capital por el ejército de Observación al mando del general Díaz Vélez, superan lo anecdótico, ya que a través de simples episodios relacionados con la lucha por la autonomía federal, los personajes afirman una dimensión que los individualiza como criaturas capaces de alentar pasiones y alimentar sentimientos puros por sobre el fragor de la contienda fratricida.

Con prosa sencilla, sobria, pero no carente de calidez humana, cada uno de estos cuentos indica en el escritor santafesino un afán por penetrar en la intimidad de esos seres que protagonizan sucesos al parecer intrascendentes y plasmar una temática llena de íntimas vivencias, ya que son seres que no actúan al azar, sino que todos buscan un rumbo, aunque impulsados por distintos sentimientos: el amor, el odio, el orgullo, el patriotismo, el valor, la cobardía, etc.

Edgardo Pesante, que como autor teatral ha dado algunas piezas de carácter también histórico, como *Obando* y *Sitiados* (Castellví, 1961), no busca, sobre todo en los cuentos, hacer historia. Esto es quizás lo que otorga a su narrativa un valor más significativo. Aquí el hecho histórico configura solamente una circunstancia fortuita que condiciona el actuar del personaje en un momento dado, momento en que Pesante lo capta sagazmente para descubrirlo en la realidad de su comportamiento como individuo.

Por otra parte, el *leit motiv* de la ocupación y sitio de Santa Fe, presente en todos los relatos, da a los mismos una unidad que se ve subrayada por una misma calidad literaria manifestada a lo largo de los diez cuentos, los que señalan al autor como uno de los más personales narradores del litoral.

E. R. S.

Un arte de equilibrio; la pintura en los Países Bajos. Triunfo del color. Hachette, éditions Pierre Tisné, Paris, 1963. 127 p. Numerosas láminas en color. Encuadernado por Dhuiege.

Este primer volumen de la colección "Triunfo del Color", se publica bajo la dirección de Laurent Tisné y responde al propósito de ofrecer una visión panorámica de la pintura en los Países Bajos a través de las figuras representativas de los siglos XV, XVI y XVII.

Con mucha propiedad se define como arte de equilibrio la expresión estética dominante de este largo período histórico en que los flamencos realizan grandes aportes al desarrollo de la pintura europea.

En efecto, el equilibrio es el signo que aparece y se mantiene a lo largo de la evolución de este arte, frente a las transformaciones de la vida política y social, de las alternativas de la vida religiosa y de los progresos de la ciencia. Típico ejemplo de este rasgo de armonía lo tenemos en un Van Eyck que se conserva admirablemente en una justa medida entre lo real y lo maravilloso al igual que Bruegel que combina las viejas técnicas con los nuevos procedimientos de la escuela italiana.

Un cuadro histórico-crítico caracteriza, con rigor y precisión, las etapas decisivas de este proceso cultural y contribuye a ubicar al lector profano en este complejo mundo artístico.

La expansión del arte flamenco prueba suficientemente la importancia y el enorme influjo que ejerció en el transcurso del tiempo. Todos esos pintores y grabadores aplicaron su talento a la ilustración de los primeros libros miniados y decorados. Ello justifica la edición de esta obra bella y profunda. Los primores del arte y la riqueza de información doctrinaria se conjugan en un exponente de singular jerarquía bibliográfica. Un exquisito buen gusto en la encuadernación, en la tipografía y en la calidad del papel, hallan digno complemento en la hermosura de las láminas en color que ilustran la obra y hacen de la misma un modelo perfecto de ejemplar de lujo.

Domingo Buonocore

La vida cotidiana en Egipto en tiempo de Ramsés, por PIERRE MONTET, trad. de Ricardo Anaya. Buenos Aires, Hachette, 1964. 366 p. ilus. (Nueva Colección Clío).

La civilización egipcia tuvo un desarrollo que comprende varios milenios en los que pueden señalarse dos períodos intermedios —uno de lento crecimiento y otro de decadencia— entre los cuales debe ubicarse la espléndida era del Renacimiento que corresponde, en parte, a las dinastías XIX* y XX*.

Este libro ofrece un enfoque histórico novedoso de uno de los momentos culminantes de su cultura: los tiempos clásicos de los Ramsés (siglos XIII - XII a. C.). Sus nuevos señores le han traído la paz religiosa

y brillantes victorias guerreras. El imperio establece relaciones con todos los países del mundo conocido. Es la época de las grandes construcciones civiles y funerarias. Esos monumentos —palacios y tumbas— proporcionan una magnífica documentación a través de cuyos secretos Montet nos dará una imagen viva y dinámica de ese pueblo fuertemente estructurado en castas de profundas diferencias sociales que coexisten bajo el signo de un mismo ideal.

Los diversos capítulos de la obra —la vivienda, el tiempo, la familia, las ocupaciones domésticas, la vida campesina, las artes y los oficios, los viajes, el faraón, el ejército y la guerra, los escribas y los jueces, la actividad en los templos, los funerales— constituyen una reconstrucción lúcida y fiel del quehacer multiforme de ese pueblo enigmático y profundamente religioso. Los antiguos egipcios eran para los dioses y para los muertos más devotos y exigentes que para ellos mismos. Ellos vivían en casas humildes, pero las “moradas de eternidad”, es decir, los templos y las tumbas, se edificaban con las materias más nobles y perdurables. Estos testimonios son huellas de esa civilización y contienen la clave que han permitido a los modernos historiadores, entre quienes se cuenta el autor de este libro, arrojar una luz nueva y más auténtica acerca del pasado más remoto y cautivante de la humanidad.

La erudición profunda de Montet, documentada en numerosas referencias, no es óbice para que este libro, ameno y atrayente, se lea con el interés de una hermosa novela.

D. B.

Poesía y Sociedad, por GEORGES MOUNIN. Buenos Aires, Nova, 1964. 118 p.

La crisis de la poesía, que parece asustar a los que todavía se preocupan por este modo de expresión tan antiguo como la vida misma, es el objeto de “Poesía y sociedad”, libro de Georges Mounin, publicado por la Editorial Nova.

Georges Mounin es, indudablemente, un buen crítico, capaz de analizar sociológicamente todos los aspectos que influyen en la crisis de la poesía. ¿Quién es el culpable de esa crisis? ¿El público? ¿La enseñanza? ¿Los editores? ¿Los poetas? ¿Los críticos? Todos tienen su parte de responsabilidad, pero ninguno puede cargar con toda la culpa, según los interesantes datos de Mounin. Debemos aceptar que la poesía, que empezó siendo una cosa, es ahora otra completamente distinta. Y sin duda ha de cambiar aún —o ha de renacer de sus propias cenizas, como el fénix—, para adaptarse al mundo en que vivimos y a las nuevas formas de expresión de ese mundo. En efecto, si en sus orígenes la poesía se justificaba como sistema mnemotécnico para conservar genealogías, plegarias; para enseñar; al aparecer la escritura estas finalidades desaparecen. La poesía se transforma en un acto de lenguaje susceptible de múltiples definiciones, según las distintas etapas por las que va pasando. Una cosa es para los clásicos, otra para los románticos, otra muy distinta para los surrealistas. Pero lo cierto es que ya no se congregan multitudes de personas a escuchar poesía, como en la antigüedad. Lo cierto

es que hay cada vez menos lectores de poesía, y cada vez más gente que escribe poesía. Sin embargo, las cifras muchas veces dicen que distintas editoriales del mundo publican poesía en gran cantidad. E incluso hay libros de poesía entre los "best-sellers". El panorama es confuso, cuando no contradictorio. Georges Mounin lo analiza con objetividad y seriedad. La poesía tiene, sin duda alguna, una función social. Esta —ya lo decía T. S. Eliot—, puede ser deliberada, consciente, como las runas y cantos primitivos con fines mágicos; y puede ser también propia de la esencia de la poesía. En este caso se trata de dar placer, de comunicar, de emocionar estéticamente; incidiendo así sobre el habla y la sensibilidad de todo un pueblo. Esto no lo dice Mounin en su libro, pero —aunque el autor no sea partidario de las teorías estéticas de Eliot—, está implícito en él. Falta saber "cómo" debe ser la poesía para cumplir esas funciones, para realizarse en sí misma y no en falsos espejos. ¿Volveremos a una poesía cantada, salmodiada, o por lo menos recitada? ¿La radio, los discos, reemplazarán al libro? Son interrogantes que quedan planteados al lector amante del análisis y de la poesía, en este interesante libro de Georges Mounin, perteneciente a la Biblioteca "Arte y Ciencia de la Expresión", dirigida por Raúl H. Castagnino.

Eduardo Gudiño Kieffer

La labor periodística inicial de José Hernández, por BEATRIZ BOSCH. Santa Fe, N° 93 de la Colección "Extensión Universitaria". Universidad Nacional del Litoral, 1963. 80 p.

Con la obra del epígrafe se incorpora a la bibliografía hernandiana una recopilación periodística cuya importancia obvia corresponde destacar porque facilita y satisface —aparte de abordarse el tema previo con dominio del asunto— una documental necesidad para quienes, al incursionar en el estudio de la personalidad del autor de "Martín Fierro", deben forzosamente recurrir a los datos fehacientes que de él y sobre ambos —poema y autor— han sido dados a publicidad por numerosos investigadores y comentaristas. Esa histórica fuente inagotable, como colateral venero literario, continúa abrevando la acuciante curiosidad y estimulando los pacientes rastreos requeridos, por tratarse de quien convivió una época de la que supo ser tan vigoroso cuan genial intérprete merced a la epopeya gauchesca que lo glorifica, época de cuyo dramatismo fue partícipe y de la que cuantiosas cuestiones de positiva trascendencia biográfica y poemática han quedado sin dilucidar por carencia de elementos, factor que se reconoce como imputable al nomadismo de la existencia de Hernández.

La colección "Extensión Universitaria" de esta Universidad, con el ensayo editado, nos brinda un ágil y pictórico reflejo del pretérito escenario al que se vincula el de las postrimerías del funcionamiento de la Confederación Argentina en la capital entrerriana, cuadro costumbrista que consiste, conforme recordamos, en la disertación pronunciada por la autora en la sede de la Sociedad Argentina de Escritores casi a fines del año posterior al del centenario de la época rememorada (1860), como úl-

timo del trienio a cuya actualización asistimos en el transcurso de las páginas preliminares. Con dicha disertación la entidad porteña que la auspiciara celebró entonces el Día de la Tradición como homenaje a la memoria de José Hernández.

En esa introducción a los artículos periodísticos hernandianos la estudiosa historiógrafa nos traza, con vívido colorido, una tan prieta como sobria evocación del medio caracterizado en que protagonizó su incipiente pero recia exteriorización vocacional el creador de "Martín Fierro" durante su estada en Paraná por los años 1858, 1859 y 1860. El panorama que la distinguida escritora nos visualiza, y para el cual acude a la cita deparada por testimonios contemporáneos incontrovertibles, nos permite configurar, a través de una rápida versión ilustrativa —todo ello en estilo taquigráfico, al decir de Victoria Ocampo—, el circunspecto ámbito social en que a Hernández le tocara experimentar y desenvolver actividades sucesivas tan diversas como la de empleado mercantil —prescindiendo de la anécdota inherente que se le atribuye como changador y que acogiera Manuel Gálvez en su biografía—, la de auxiliar de la Contaduría Nacional y la de taquígrafo parlamentario, así como, por último, además de las que sabemos que desempeñó después, hasta su traslado a Corrientes, la de la recién revelada como periodista de fuste que demostró a lo largo de la serie de artículos cuya inserción complementaria trasunta un oportuno acierto de parte de la autora, al entender prestar con ello un utilísimo servicio para la mejor exégesis valorativa de la múltiple personalidad de José Hernández. Contiene así un *apéndice* que reproduce, todos ellos debidos a la pluma del insigne poeta, identificados por su idiosincrásica *sindéresis*, los diez y ocho artículos —muchos de ellos de perenne actualidad— cuya lectura resulta por demás atrayente, índice de la jerarquía y madurez intelectuales alcanzadas autodidácticamente en plena juventud.

Desde el punto de vista biográfico —a engrosar cuyo acervo contribuye la obra de referencia—, merecen subrayarse las acotaciones formuladas en relación con la coyuntura histórica en que finalizaba el gobierno del general Urquiza y asumía la presidencia el doctor Santiago Derqui, así como con las divergencias suscitadas y la consiguiente destitución del doctor Juan Francisco Seguí quien, a cargo del diario oficial reacciona mediante un artículo "al que titula sin ambages "El triunfo de una intriga"; episodio relatado al aludir a quien pasa a ser fundador de "El Correo Argentino", desde cuyas columnas "emprende violentos ataques contra el gobierno del doctor Derqui". La autora esclarece las circunstancias en que Hernández debuta como articulista en "El Nacional Argentino", sin que se diera a conocer su nombre hasta aparecer con esa firma el editorial sugestivamente alusivo al diario antagonista, a propósito de la campaña opositora promovida. Anota con buen criterio que para ella data de entonces —"al filo de los veintiséis años"— la primeriza actuación de Hernández como periodista. "Estreno absoluto a nuestro juicio —sostiene—, pues hasta ahora no se ha probado suficientemente la atribuida colaboración en "La Reforma Pacífica" —el periódico de Nicolás Calvo, como sabemos— en el año 1856".

Corroboramos los méritos de la obra desde el citado punto de vista, dada la particularidad de que la biografía de Hernández polariza aspectos prominentes de la actuación como periodista que le cupo y fue la mayoritaria de su ajetreada existencia —inclusive durante el exilio en el Uruguay—, hasta culminar con la de director y propietario de "El Río

de la Plata", cuya precaria duración registró los 207 números donde, firmados o anónimos, aparecieron los varios centenares de editoriales y artículos de su pertenencia como redactor.

Digamos finalmente que la publicación del volumen comentado —a tono con el insito afán divulgativo de la colección que integra —constituye un singular y valioso aporte ensayístico, dados el interés del tema, su tratamiento documental y la versación de la autora en la especialidad motivo de sus investigaciones histórico-literarias.

José C. Corte

RESEÑAS INFORMATIVAS

La mano en la tierra, por JOSEFINA PLA. Asunción (Paraguay), Alcor, 1963. 32 p.

Escritora, periodista, poetisa y grabadora, Josefina Pla, española de origen, está adherida espiritualmente al Paraguay, donde vive hace muchos años. Y su voz, hecha expresión auténtica de un sentir hondo, vibra al conjuro de las circunstancias del pueblo guaraní.

La mano en la tierra reúne cuatro relatos, siendo el que da nombre al opúsculo el que mejor ubica a la autora en cuanto a valores literarios y contenido humano.

La adivinanza, por RALPH STEELE BOGGS. Coral Gables (USA), University of Miami, 1963 (Folklore Americas Vol. XXIII, nos. 1-2) 24 p.

El conocido folklorista se ocupa en este opúsculo de la adivinanza, señalando su origen y estructura y las características de los distintos tipos. Una nutrida bibliografía completa este importante aporte folklórico.

Tierra de montaña, por NARCISO MÁRQUEZ. Buenos Aires, Colombo, 1964. 119 p.

Sin duda, la intención de "salvar del olvido las normas que rigieron la vida de convivencia en la montaña, sus hábitos y costumbres", está lograda por el autor en estas estampas escritas con frescura y hondo sentimiento argentino.

Desfilan por las páginas de este libro diversos aspectos del quehacer diario de un gran sector de la serranía cordobesa, evocados con la calidez de quien siente la nostalgia de un pasado que va siendo arrollado por el natural avance del progreso técnico.

Tiempo de puñales, por ADOLFO PÉREZ ZELASCHI, NORBERTO FIRPO, RODOLFO WALSH, HORACIO MARTÍNEZ y ANA O' NEILL. Buenos Aires, Seijas y Goyanarte, 1964 (Collec. "Tercer Hombre") 136 p.

Están presentes en esta breve antología cinco autores argentinos afectos al género policial, con dos cuentos cada uno. La selección ha sido realizada con un acertado criterio, pues a pesar del personal estilo de cada uno de los autores, hay una unidad en la categoría literaria de los relatos, que otorga al volumen indiscutible valor como exponente de la importancia que ha alcanzado entre nosotros la narrativa de ese carácter.

De Adolfo L. Pérez Zelaschi se incluyen: *Las señales* y *Alias el Gringo*; de Rodolfo Walsh: *En defensa propia* y *Las tres noches de Isaías Bloom*; de Ana O'Neill: *La grieta* y *La resurrección de la Tos*; de Horacio Martínez: *El crimen robado* e *Y hubo un revólver para mí*; de Norberto Firpo: *El suicidio perfecto* y *Tiempo de puñales*. Donald A. Yates firma la presentación.

Ensayo sobre la pintura y Comentario al ensayo sobre la pintura, por DIDEROT - GOETHE. La Plata, Instituto de Filosofía, 1963. 168 p.

En cuidada edición del Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata y en traducción de Armando D. Delucchi, Jorge O. Demarchi y Emilio Estiú, la publicación de estos dos ensayos significa un aporte bibliográfico de gran valor, ya que pone en manos del estudioso e investigador un material de indiscutible importancia estética.

Tiempo presente, por MARTHA GAVENSKY. Buenos Aires, Seijas y Goyanarte Editores, 1964. 153 p.

En Martha Gavensky se dan cualidades muy singulares como novelista, las que se manifiestan en este primer libro, en el que a la originalidad del tema —problema de una generación que transita angustiada entre ambigüedades— se une el estilo objetivo pero profundamente analítico.

Un tiro en la noche, por DAVID GARNETT. Buenos Aires, Seijas y Goyanarte Editores, 1964. 172 p.

El escritor francés David Garnett es autor de esta novela cuya acción se desarrolla en un pequeño pueblo de Italia, tras la segunda guerra, y pinta con sutil convencionalismo los conflictos políticos que tienen lugar en el estrecho ámbito local, estando presente el amor y el crimen a través de una trama coherente que otorga amenidad al relato.